

La Ilustración Artística

AÑO XVI

BARCELONA 3 DE MAYO DE 1897

NÚM. 801



EL ALCALDE DE MÓSTOLES, episodio de la guerra de la Independencia

dibujo original de Enrique Estevan

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea.* «Season», por Emilia Pardo Bazán. — *Pérez Escrich*, por Felipe Pérez y González (*Tello Téllez*). — *Un voto en contra*, por A. Sánchez Pérez. — *El alcalde de Móstoles*, por Teodoro Baró. — *Nuestros grabados.* — *Problema de ajedrez.* — *Isabel, la de los cabellos de oro*, novela de Eugenia Marlitt. — *El ferrocarril transiberiano.* — Libros enviados á esta Redacción.

Grabados.— *El alcalde de Móstoles, episodio de la guerra de la Independencia*, dibujo de Enrique Estevan. — *Pérez Escrich. — El alcalde de Móstoles, episodio de la guerra de la Independencia*, cuadro de A. Pérez Rubio. — *Guerra de Cuba. Casa en donde se dice que fué velado el cadáver de Maceo en Punta Brava.* — *Un corredor del Hospital Militar en Santiago de Cuba.* — *Clinica de heridos en dicho hospital.* — *Defensa de una trinchera en el Alto Songo.* — *Guerrilla vadeando el Guanicum.* — *Un episodio del sitio de Zaragoza en 1808*, cuadro de César Alvarez Drumont. — *El general de brigada D. Cándido Hernández Velasco.* — *El maestro compositor Felipe Pedrell.* — *El ferrocarril transiberiano (tres grabados).* — *En el estanque del Retiro*, dibujo de A. Lavernia.

ENRIQUE PÉREZ ESCRICH

Habíamos dado ya á las cajas el interesante artículo de D. Felipe Pérez y González que insertamos en este número y contiene curiosos datos biográficos sobre el fecundo novelista y aplaudido autor dramático D. Enrique Pérez Escrich, cuando recibimos la triste noticia del fallecimiento del popular escritor á quien está dedicado. Amigos íntimos ha ya muchos años del Sr. Pérez Escrich, cuyas dotes de bondad, talento y laboriosidad habíamos tenido ocasión de apreciar, la dolorosa nueva nos ha afectado profundamente, pues con su muerte no sólo hemos perdido un amigo cariñoso, sino también las letras patrias uno de sus más eximios cultivadores. ¡Que Dios le conceda en la otra vida el premio á que por sus méritos se había hecho acreedor durante su carrera en esta, no exenta de sinsabores y contratiempos, sobrelevados con paciencia y resignación ejemplares!

LA REDACCIÓN

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

«SEASON»

En algo nos hemos de parecer á Inglaterra, ya que no sea ni en la formalidad, ni en el color del pelo, ni en la afición á los viajes, ni en otras muchas cosas que caracterizan á nuestros vecinos mar en medio; y nos parecemos en que hemos hecho de los meses de primavera la época más animada y bullanguera de todo el año. Mientras los primeros meses del invierno se deslizan como dormidos, lánguidos y apacibles, la Pascua da la señal de un recrudescimiento del bullicio y la alegría, de la sociabilidad y del derroche. Una parodia de la *season* británica, que allí se justifica porque es realmente el único tiempo en que se puede vivir en Londres; pero aquí no tiene más explicación que nuestro prurito de imitar á diestro y siniestro, y de seguir la corriente, así no sepamos adónde conduce.

La primer brisa templada y perfumada que respiramos — lejos de incitarnos á disfrutar la paz bucólica y de recordarnos el huerto en flor, los frutales cubiertos de nieve fina blanca ó rosada, el arroyuelo entre las mentas, los berros y los lirios, el prado festoneado de margaritas y la playa salpicada de conchas y orlada del verde tafetán de las algas cinteras, — nos anima á perder el tiempo revolviendo las tiendas de modas, y comprando trapos y más trapos para sostener la campaña de la *season*. A la hora en que la naturaleza y el campo nos solicitan, no tenemos ojos ni espíritu sino para las ciudades, para la polvorienta zambra de la ida á la Plaza de toros, ó el asfixiante recreo de los teatros de verano, donde la frescura es nominal y el calor efectivo.

Estudiad en los periódicos la dirección de los viajeros y excursionistas de esta época primaveral. Veréis que no se encaminan á los cortijos, á las haciendas, á los castillos ni á las viejas mansiones solariegas ocultas en el fondo de algún valle: adonde van — salvo honrosas excepciones — es á Sevilla ó á París. Sevilla es agradable para quien tenga allí preparado alojamiento cómodo; pero el que haya de recurrir al hotel, á la fonda ó á la tradicional casa de huéspedes, bien caro pagará el gusto de ver unas cuantas procesiones, oír las *saetas* y asistir á una *juerga* gitana, de esas que, convertidas en espectáculo pagado, han perdido ya — en mi concepto — todo su

genuino y extraño sabor, y se han amanerado como los asuntos de las panderetas pintadas y los tangos zarzueleros.

Sevilla, y toda ciudad que tiene carácter realmente pintoresco y original, interesa más en épocas que no son de festejos. En general, los festejos van siendo algo de que la humanidad se fatiga. Al ver cómo se desborda por las calles el río humano en tiempo de fiestas, parece, al contrario, que las fiestas están ahora en su apogeo; pero adviértase que la humanidad, cuando se fatiga, empieza á fatigarse por la cabeza; es decir, que la gente *compreensiva*, como ahora dicen, es la que con su hastío y su desdén va atacando ciertas costumbres, y poco á poco, cuando se enteran los de abajo, las costumbres desaparecen. ¿Quién duda que los faroles de iluminación, las ruidosas ferias, las bandas de música, los mismos bailes gitanos y flamencos, son cosa de que está saciada la aristocracia intelectual?

En cuanto á los toros, la cuestión es mucho más compleja y difícil de resolver de una plumada. Los toros, combatidos unánimemente por los pensadores, no decaen, porque los sostienen los artistas; y los artistas son la mitad de la inteligencia — *la inteligencia bella*, la comprensión iluminada por la estética. — Que el espectáculo sea más ó menos inmoral, ni hay aquí para qué discutirlo, ni tiene realmente que ver con el aspecto intelectual de la cuestión. Inmoral no es lo mismo que tonto; y los espectáculos tontos son los que decaen. Ya sé que para muchos el espectáculo taurino merece la calificación de bárbaro; pero tampoco el concepto de barbarie es idéntico al de tontería; al contrario, la barbarie implica cierta grandiosidad y evoca una serie de impresiones pintorescas, originales y atractivas.

Los toros se encuentran hoy en plenitud de popularidad y moda. Años atrás les hacían competencia los frontones; pero fué efímero el entusiasmo con que al pronto acogió Madrid esta distracción sana, insulsa y campestre. Un partido de pelota no es propiamente un espectáculo. Si se le mira desde el punto de vista del desenfrenado juego á que sirve de pretexto, tampoco cabe defender su moralidad. Y el peligro de que la pelota se tuerza y vaya á herir la cara ó la cabeza de un espectador, no es tan remoto que no retraiga á la gente, y en especial á las señoras.

La corriente vuelve hacia su cauce antiguo: los toros son el acontecimiento magno de nuestra *season*. En esta semana de Pascuas se celebran nada menos que cinco corridas — se vive en la Plaza casi. — El hecho tiene mucho de anómalo, cuando parece que deberíamos estar que no hubiese por donde cogernos, de apurados, afligidos y desalentados, con las dos guerras y los conflictos de toda especie que amagan y nublan el porvenir; pero hay en España, y tal vez no sólo en España, sino en el mundo entero, una peregrina virtud de olvido, descuido y alegre improvisación, que á no dudarlo hace más leves las cargas y las desdichas, y ayuda á pasarlas de un modo soberanamente filosófico. En efecto, puede sostenerse que no existiría el mal si no existiese su imagen, la representación que se hace del mal nuestra cuitada mente. ¿Qué le importan al mulo, al buey ó al caballo el hambre de la India, la pelea de turcos y griegos, ó la insurrección tagala? Nada seguramente; y no será porque no puedan alcanzarle, directamente ó de rechazo, las consecuencias de estos desastres, sino porque no es capaz de representárselos, de poner la consideración en ellos. Ahora bien: si nosotros conseguimos no representarnos tampoco esas calamidades, está probado que las habremos suprimido. He aquí la filosofía de la fiebre de diversiones en las actuales circunstancias.

* *

Se ha dejado sentir esta fiebre en la concurrencia al Real de primavera, el teatro del Príncipe Alfonso. Cada noche hay un lleno, en un recinto vastísimo. Se aprovecha con afán la ocasión de saturarse de música, que en invierno cuesta más cara, y ciertamente ni es mejor ni peor que la oída en este tiempo. Una compañía desigual — como lo fué la del Real todo este año; — unos coros vestidos de la manera más risible — como en el Real sucede también; — una excelente orquesta — como en el Real igualmente, — y un cuerpo de baile medianillo... — Todo calcado en el regio coliseo; lo único en que noto diferencia, es en la atmósfera, cargada de humo de cigarro. Falta, eso sí, aquel *foyer* fino y selecto, con ínfulas de salón; aquella elegancia tranquila y perseverante del Real; hay esa confusión y esos empujones á la entrada y por las escaleras, que caracterizan á los circos; y los claveles y los confites que hasta los mismos palcos vienen á ofrecer ramilletteras y muchachuelos, son un detalle absolutamente incompatible con la seriedad del Real. Mas de telón adentro, lo repito, noto bien poca di-

ferencia. Los que pretenden que el Real deja exprimidos los bolsillos, ¿qué habrán dicho al comprobar que hay bolsillo para la coetilla ó posdata del Real, y para todo cuanto vengan á brindar al público de Madrid los empresarios?

Hacen bien éstos en gastar cierto desenfado y confianza con el público. Hay mucha *bonhomie* en el modo de ser de los espectadores, tan resueltos en aflojar la mosca y tan poco exigentes en lo demás. Cuando en *Gioconda* se ve desfilar á los coristas del Príncipe Alfonso, con medias gordas de algodón blanco, zapatos de becerro ordinario ni embetunados siquiera, calzones de panilla raída, gorras de plato con una esterilla dorada, rostros ariscos y barbas de ocho días, queriendo representar á los elegantes patricios de Venecia, la gente mejor trajeada, más artísticamente ataviada y de más hermosas y pulcras cabelle- ras que recuerda la historia y que inmortaliza la pintura; cuando aparecen aquellas fachas singulares, y se adelantan hacia las candilejas mostrando las herejías del vestido y del rostro, la gente suelta una risa benévola, se mira para comunicarse el buen humor, se encoge de hombros, y no pasa de ahí: ya ha perdonado. Al otro día se repite la misma escena, y así sucesivamente hasta el final de la temporada, en que los coristas guardan cuidadosamente sus calzones de panilla y sus gorras de plato, para volver á sacarlas en la temporada siguiente. Yo creo que el público prefiere poder soltar esa carcajadita — tener ese derecho, — á que los actores vistan con propiedad y con cierto decoro. Si se presentasen según corresponde, ¿de qué nos íbamos á reír?

* *

Uno de los rasgos característicos de esta *season* es la afluencia de extranjeros. España conserva todavía su atractivo de picante manola, su gracia exótica y moruna y su indiferencia por la admiración que causa. No hemos entrado en hacernos fondistas de oficio; continuamos siendo hidalgos y caballeros, desdeñosos de la ganancia que podría reportarnos el exhibir la hermosura de nuestras costumbres y de nuestros paisajes y monumentos, la típica fisonomía de nuestras clases sociales. Así y todo, y quizás más todavía por eso mismo, los de extranjería afluyen y se extasían con la menor cosa.

* *

Ha ocurrido estos días un incidente de que se hizo eco la prensa y que, por extraña asociación de ideas, me recordó otro sucedido hará tres ó cuatro años. Del primero — el reciente — son héroe la dama extranjera de una princesa española y un *gentil torero*, como dice la cancioncilla de la ópera *Carmen*. Pasaba el torero por la Puerta del Sol, y la dama se quedó mirándole, como se mira á una figura típica y gallarda, en quien se encarna momentáneamente la belleza propia de una raza y de una comarca del mundo. Así se mira al palikaro en las calles de Atenas; al *highlander* de la guardia de Su Graciosa Majestad en las calles de Londres; al modelo transtiberino en *Trinitá dei Monti* de Roma, y al rígido uhlan en la *Bavaria* de Munich. Pero el torero no entendería de estos tiquis miquis de estética internacional, y soltó á la dama, con salero y picardía, algo por este estilo: «¿Me *quie* usted retratar, prenda?»

La dama, al punto, sacó una maquinilla instantánea, y cátao retratado. El torero quería recoger la prueba á domicilio, pero la dama se ofreció á llevársela á un café; y al café acudió á llevarse en efecto, acompañada por respetable rodrigón, con la mezcla de atrevimiento y dignidad de una miss Helyett palaciega.

* *

El segundo incidente, el ya antiguo, tiene por heroína á una dama inglesa, por señas amiga mía, esposa de un diputado socialista; dama que vino á Madrid con objeto de perorar en un *meeting*. Así lo hizo; pero al día siguiente, al cruzar la Puerta del Sol — en la Puerta del Sol es donde sucede todo, — dos gomosos, enterados de que era la oradora, se acercaron y deslizaron en su oído una injuria en lengua inglesa. La dama se volvió, apretó los dientes, y de una soberana bofetada de su sólida palma — palma de jugadora de *lawn tennis* y de remadora — envió al más próximo á rodar al arroyo. Acudieron los guardias; ella refirió sencillamente el hecho, y la autoridad y el público arremolinado dieron la razón á la abofeteadora. El gomoso se retiró, sacudiéndose con el pañuelo la ropa manchada y haciendo de tripas corazón por no ponerse más en berlina, mientras la inglesa sonreía cándidamente á sus improvisados partidarios.

EMILIA PARDO BAZÁN



PÉREZ ESCRICH

— Si alguna vez hay un desocupado que pretenda entretenerse escribiendo mi biografía, me decía en cierta ocasión el ilustre veterano de las letras españolas con su habitual gracejo y su natural modestia, sólo sentiré que pueda olvidar el hecho «más culminante» de mi vida.

— ¿?

— Hace ya «algunos» años, viviendo yo en Madrid, salí un día de caza, y cazando, cazando, á pie fuí á parar á Barcelona.

— ¡!

Porque Pérez Escrich, más que todo, antes que todo y sobre todo, ha sido y es cazador. Sus éxitos literarios, sus triunfos escénicos, sus glorias como novelista, que le dieron extraordinaria y universal popularidad, poco valen para él si se recuerdan sus aficiones, aventuras y proezas cinegéticas.

Ya en los comienzos de su carrera literaria un ingenioso poeta hizo su «semblanza» en estos cinco versos:

«Es un modesto escritor
que pasa días felices
persiguiendo con ardor
en el campo las perdices
y en Madrid al editor.»

En el apogeo de su popularidad, el insigne poeta D. Adelardo López de Ayala, que le profesaba gran afecto, solía presentarlo á sus conocidos con esta chistosa «fórmula sacramental»:

— Presento á ustedes al Sr. Pérez Escrich, cazador «de oficio» que, en sus ratos de ocio, escribe novelas y comedias.

Y todavía cumplidos ya los sesenta y siete años — porque nació en Valencia el 6 de octubre de 1829 — después de una vida de labor incesante, en la que si ha tenido grandes satisfacciones ha sufrido también grandísimos pesares, desengaños del mundo, perfidias de la amistad, contrariedades de la fortuna, dolores del cuerpo y dolencias del alma; todavía sentado en su sillón, dirige de vez en cuando amorosas miradas á las escopetas y á los arreos de caza, colgados en artístico trofeo en una de las paredes del despacho; si algún amigo va á visitarle en «su destierro,» recuerda con gozo sus buenos tiempos de cazador, se anima su semblante, brillan sus ojos, yérguese su cuerpo, se olvida de achaques y de disgustos, y si el visitante, sorprendido por la súbita transformación, exclama sin poderse contener: «¡Ave María!» él contesta haciendo un gracioso y expresivo gesto:

— Es el único *ave* que he respetado y que no ha podido ser blanco de mi escopeta.

Pérez Escrich era muy joven, casi un niño, cuando azares de la vida, impulsos del cariño y delicadezas

del corazón le cargaron repentinamente de familia y de obligaciones.

Una joven, hermosa y virtuosísima, con quien sostenía amorosas relaciones, quedó en pocos días huérfana de padre y madre con cuatro hermanos, menores de edad que ella, y en situación económica poco bonancible.

Apresuróse Pérez Escrich á darle su mano, su nombre y su amparo, llevando consigo á los cuatro huérfanos, á los que ya miraba como á hijos, y con esta carga, suave y gratísima para su alma, pero de grandísimo peso y de no menor embarazo para quien ha de sostener la lucha por la existencia sin otras armas que las del ingenio, ni otro auxilio que el de su constancia y su energía, vino á Madrid, como tantos otros, en busca de gloria y de fortuna, con la cabeza llena de grandes ideas y de hermosas ilusiones, el corazón repleto de risueñas esperanzas y de nobles sentimientos... y ocho ó diez duros en el bolsillo.

El joven valenciano, que ya en su ciudad natal había probado su talento haciendo con buen éxito gallardas tentativas literarias, soñaba con los triunfos de la escena, y traía á la corte, por todo bagaje, una tragedia muy clásica, con sus personajes griegos ó romanos, sus situaciones aterradoras, su final terrorífico, sus indispensables «parlamentos» y sus inevitables endecasílabos muy sonoros y muy correctos, y un drama «de época,» creo que «de la Edad media,» con sus esforzados y forzudos guerreros cargados de hierro, sus enamoradas y románticas castellanas, sus caballeros, heraldos, pajes y acompañamiento, todo aderezado con los correspondientes romances, rondallas y quintillas, muy entonados, castizos y perfilados.

Por aquellos tiempos en Madrid sólo había dos ó tres teatros, que todavía los viejos llamaban *corrales*, y en cada *corral*, á más del primer actor, especie de monarca absoluto, tiránico y desdenoso, había siete ú ocho *gallos* de laureada cresta y de afilados espolones, que miraban primero con solapado recelo y después con manifiesta hostilidad á los *pollitos* literarios que llegaban de provincias y que pretendían acercarse á «sus comederos.»

No hay para qué decir que el recién llegado corrió inútilmente de un lado para otro con sus manuscritos bajo el brazo, y con el manuscrito de otro drama que había tenido tiempo de escribir en los momentos de reposo necesarios durante su larga y penosa peregrinación y que tenía este «expresivo» título: *La calle de la Amargura*.

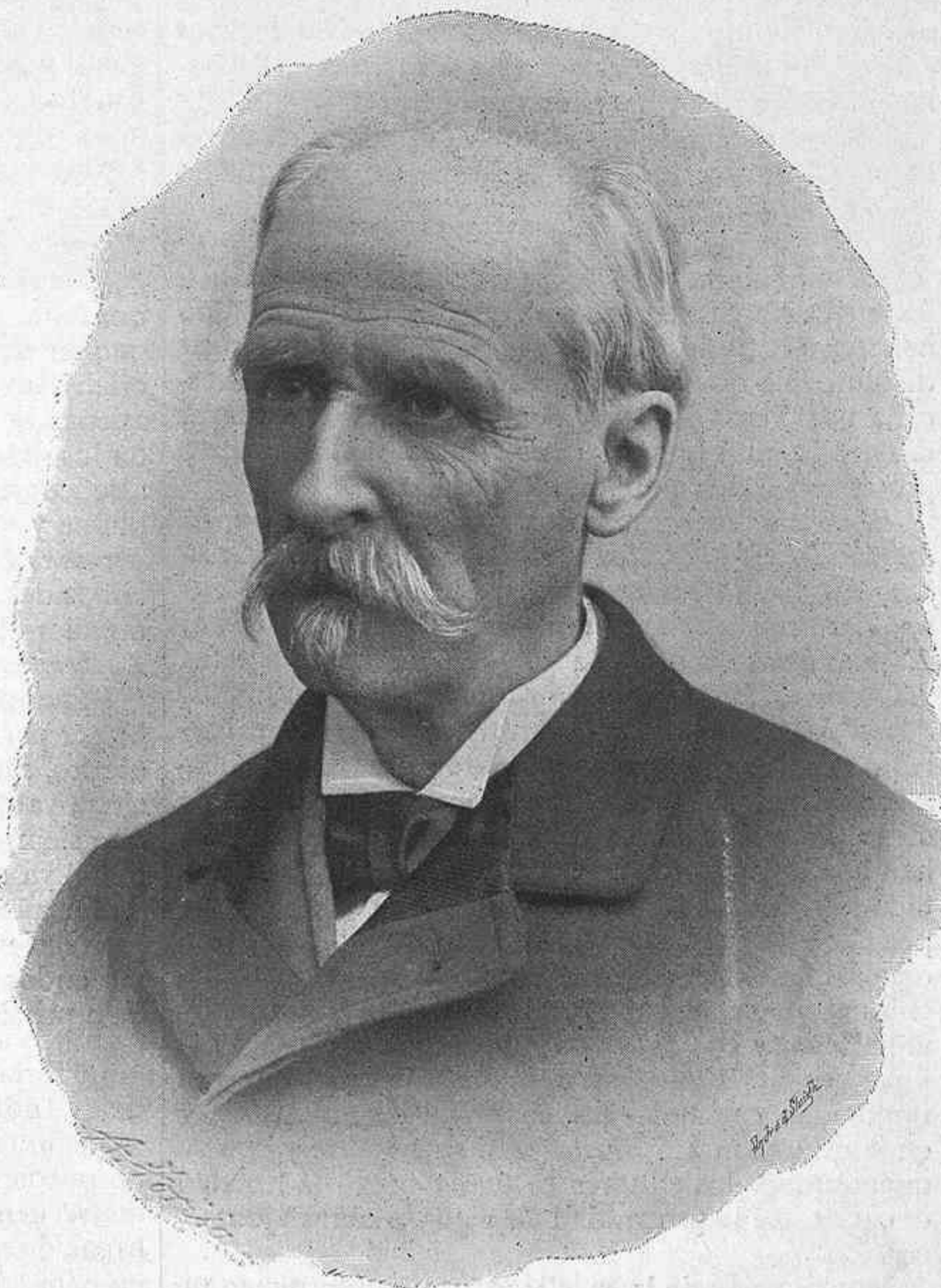
Por fin consiguió que un actor muy aplaudido y estimado, Fernando Osorio, le concediera su protección. Pero ¡ay!, aquel actor era un actor cómico de mucha gracia y de mucho talento, que echó á rodar en un instante todos sus griegos, romanos, guerreros y castellanas, y tiró por tierra sus «castillos, más ó menos feudales, en el aire,» con esta sencilla é inesperada proposición:

— ¡Hombre! ¿Por qué no me escribe usted una piececita cómica en un acto?

Escrich echó á correr hacia su casa «dispuesto á todo» para salvar la situación y para no acabar de perder el estómago, aunque como él dice muy chuscamente recordando «aquellos tiempos»:

— Para lo que entonces el estómago me servía, mejor hubiera sido perderlo por completo.

Guardó cuidadosamente la péñola de águila caudal que tan poco hacía prosperar el suyo; tajó apresuradamente una pluma de otra ave cualquiera, cazada por él, y en pocas horas, en el espacio de una noche, escribió una pieza cómica, que fué leída al día siguiente, admitida con entusiasmo, ensayada sin pérdida de tiempo y estrenada pocos días después con gran aplauso y extremado alborozo del regocijado auditorio.



Pérez Escrich

La obra se titulaba *El maestro de baile*.

Pérez Escrich, para atender á necesidades apremiantes del momento, vendió en seguida su obra á un editor que, pródigo con exceso, le dió por ella [nueve napoleones!, y que, afortunado con exceso también, ha cobrado por ella algunos miles de duros.

Todavía suele aparecer con frecuencia en los carteles de los teatros, todavía el público la ve con alegría y la aplaude con gusto, todavía el editor cobra por ella derechos de representación y todavía — ¡memoria más feliz que la suerte! — el autor se acuerda de aquellas «nueve lentejas del tamaño de napoleones,» por las que vendió, no su derecho de primogenitura, pero sí los derechos de su obra primogénita.

Después el autor de *El maestro de baile* escribió otras varias piezas que igualmente lograron buenos éxitos é igualmente le valieron exigüos, pero por necesitados muy bien recibidos provechos.

La mosquita muerta, *Calamidades*, *Géneros ultramarinos*, *Los extremos se tocan* y algunas otras resolvieron y salvaron apuros de momento, pero no satisfacían otras legítimas aspiraciones.

En aquella época las piezas de mayor éxito podían dar á sus autores dinero, pero no les daban «categoría literaria.» Los que entonces se dedicaban á eso que hoy llamamos «género chico,» eran considerados como *novilleros del arte*, y no podían dignamente «alternar» con los «matadores de cartel» hasta que habían despachado en regla «toros formales;» esto es, hasta que habían estrenado con aplauso por lo menos un drama ó una comedia original en tres actos.

Pérez Escrich puso manos á la obra, y después de representarse con éxito muy lisonjero su drama en tres actos *La dicha en el bien ajeno*, dió á la escena otra «obra grande» que fué aplaudida con entusiasmo, que llamó poderosamente la atención, y que, sin embargo, le señaló muy distinto rumbo para conseguir popularidad y fortuna.

Por una de esas extrañas paradojas de la vida, especialmente de la vida literaria, un gran éxito como autor le hizo apartarse de la escena para dedicarse á la novela, donde le esperaban mayores triunfos y mayores beneficios, pues si bien luego ha dado al teatro algunas obras que han sido muy aplaudidas y celebradas, entre ellas *El músico de la murga*, *El maestro de hacer comedias* y *La Guerra Santa*, la «novela grande, la novela de interés y de pasión, la novela por entregas,» es la que ha dado á Pérez Escrich fama universal y la que le proporcionó un capital, si no muy grande, suficiente para haber gozado cómoda y tranquila vejez, si desgracias de su familia, á que siempre rindió fervoroso culto, bondades de su corazón, para todos noble y generoso, apremios de la amistad, que en todo caso encontró en él lealtad y amparo, y codicias de la usura, siempre implacable con el que se pone al alcance de sus garras, no lo hubieran disipado en brevísimo espacio de tiempo.

La obra que convirtió al autor dramático en novelista, que «era para lo que había nacido,» se titulaba *El cura de aldea*.

¡El cura de aldea! No hay seguramente en España, en Portugal y en toda la América latina quien no conozca ese título, quien no haya leído ú oído hablar de la novela que lo lleva en su portada y que fué escrita por Pérez Escrich, dando nueva vida y mayor desarrollo al hermoso pensamiento y al simpático protagonista de su aplaudidísimo drama.

El cura de aldea, *El manuscrito de una madre*, *El mártir del Gólgota*, *Las obras de misericordia*, *La esposa mártir*, *La mujer adúltera*, *El corazón en la mano*, *Los ángeles de la tierra*, *La hermosura del alma*, *El frac azul*, especie de curiosísima autobiografía, *El amor de los amores*, *La perdición de la mujer*, *El último beso*, *El pan de los pobres...*, todas las numerosas novelas que han brotado de su inagotable imaginación y de su fecundísima pluma, pues pasan de ciento los voluminosos tomos que lleva publicados, han hecho las fortunas de algunos editores, han contado por cientos de millares sus lectores, y muy especialmente sus lectoras, han visto multiplicarse prodigiosamente sus ediciones; algunas han sido traducidas al inglés, al francés, al alemán, al portugués y al italiano, y en Lisboa se publica una biblioteca popular titulada *Bibliotheca do cura d' aldea*, en que van traducidas casi todas las obras de Pérez Escrich, y en la que, para ampararlas con su nombre y con su popularidad, los editores se han tomado la libertad de atribuirle la paternidad de algunas obras ajenas.

Mucha parte de la moderna generación acaso no conozca más que «de oídas» las obras de Pérez Escrich, pero los que no las conozcan pregunten por ellas á sus padres, y muy particularmente á sus madres, y en la mayoría de los casos obtendrán seguramente esta ó parecida respuesta:

— Pérez Escrich ha sido uno de los novelistas españoles más populares y más «leídos,» porque en sus novelas, siempre inspiradas en la moral más sana, ha sabido cautivar con la magia del interés y conmovedor con la ternura del sentimiento. Muchísimas mujeres han aprendido á leer en sus obras, muchas han aprendido á leer sólo por leerlas. Las páginas de todos sus libros han sido humedecidas por lágrimas, pero lágrimas dulces, consoladoras, sacadas del fondo del corazón sin violencias ni torturas, tocando suavemente sus fibras sensibles, no brutalmente arrancadas destrozándolo con el terror y con el espanto. Pérez Escrich ha hecho llorar mucho; pero, según la frase de un antiguo refrán español, «como te hará llorar quien te quiera bien.»

Para dar una idea de la brillantísima imaginación del famoso novelista, basta recordar una curiosa anécdota, perfectamente «histórica.»

En cierta ocasión contrató con un editor la publicación de una novela que había de formar un solo tomo de cuatrocientas á quinientas páginas. Publica-

dos los primeros cuadernos, y ya casi terminada por el autor la obra, el número de suscriptores fué tan extraordinario, que el editor acudió suplicante á casa del autor, rogándole que «estirara el asunto» para hacer dos tomos, porque aquello «era una mina.» Pérez Escrich, después de ofrecer los naturales reparos, accedió á ello, porque nunca ha sabido negarse á un ruego, pero la suscripción aumentaba de un modo fabuloso; agotados los cuadernos del tomo primero, hubo que hacer nueva edición, y antes de dar por terminado el segundo, se repitió la escena del editor pidiendo con las mayores instancias uno ó dos tomos más y del autor procurando primero zafarse de tan arduo compromiso y cediendo, al fin, á aquella nueva exigencia que ya parecía de imposible satisfacción.

La obra se concluyó por fin; todo en este mundo tiene su término, hasta las exigencias editoriales; el negocio fué de los mejores para el editor; los suscriptores tomaron y leyeron muy satisfechos los cuatro tomos! que la novela tiene, y nadie se dió cuenta de que aquella obra, pensada para un solo tomo, había sido tan prodigiosamente «estirada.»

Hasta podría asegurarse que «todavía» á muchos lectores les había sabido á poco.

Hoy Pérez Escrich vive principalmente ocupado en atender á las obligaciones de su cargo de director del Asilo de las Mercedes, que él ha sabido convertir en un inmenso y venturoso hogar, donde seiscientas ó setecientas nietezuelas viven sanas y felices, criadas con mimo y educadas con esmero, merced á la solicitud, al cuidado y al cariño del más prudente y bondadoso abuelo, dignamente secundado por algunas excelentes Hermanas de la Caridad y por dos modestos, laboriosos é inteligentes empleados que tiene á sus órdenes.

En aquel Asilo modelo, pues seguramente si hay alguno que lo iguale no hay ninguno que lo aventaje, por el orden, por la limpieza, por el *confort*, y sobre todo, por la atmósfera de bondad y de cariño que en él se respira; en aquel Asilo, que Pérez Escrich llama graciosamente «mi destierro,» porque apenas le permiten sus achaques salir de él si no es en los días de sol para dar un pequeño paseo por los alrededores, todavía el veterano escritor maneja la pluma y se ocupa en terminar una novela titulada *El hermano Obregón*, cuya publicación comenzará á principios del invierno próximo, y que es continuación, ó mejor dicho, segunda parte de su celebrada novela *La hermosura del alma*.

Seguramente la nueva obra de Pérez Escrich, á juzgar por la interesantísima lectura de cuanto lleva escrito, serviría para aumentar su fama, si esta necesitara ya de acrecimiento; porque aunque su cuerpo, que siempre fué flaco, pero fuerte, enérgico y resistente, ya algunas veces parece que se rinde al peso de los años, de los achaques, de los trabajos y de las penas, siempre conserva puros, firmes y lozanos, como en los mejores días de su juventud, su imaginación privilegiada y su corazón bondadosísimo.

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ
(Tello Tellez)

UN VOTO EN CONTRA

Mi gozo en un pozo; creía yo, y la verdad es que lo creía con algún fundamento, que mis opiniones en asuntos literarios coincidían, en parte, con las opiniones del ilustre Valera. Cuando, hace ya muy cerca de diez años, hablé no recuerdo dónde, ni eso importa, de la versión castellana de TIERRA, novela (ó lo que fuere) de *Emilio Zola*, aunque los partidarios del *naturalismo*, que abundaban entonces casi tanto como ahora escasean, se enojaron mucho conmigo y me hicieron guerra sin cuartel, condenándome inapelablemente al fuego eterno de su desdén olímpico por el imperdonable pecado de no pensar como ellos pensaban en asuntos literarios y no creer en la escuela naturalista, ni en Zola su profeta, hallaba yo consuelo para aquellos disgustos y atenuación dulce para aquellas amargas leyendo con gran contentamiento algo de lo mucho y muy bueno y muy razonable que *D. Juan Valera* había escrito sobre materia, á la sazón tan discutida.

El celebrado autor de *Pepita Jiménez* creía sobre todo aquello, con muy insignificantes diferencias, lo mismo que yo; aunque, es claro, lo exponía y explicaba infinitamente mejor que yo lo había expuesto y explicado.

Esta coincidencia de pareceres, tan halagüeña y tan honrosa para mí, lisonjeaba, ¿por qué no decirlo?, lo que nadie puede figurarse mi amor propio; «estaré entre los réprobos, decía yo á los naturalistas intransigentes, pero no me nieguen ustedes que estoy en muy buena compañía.»

Pero, como he dicho, *mi gozo en un pozo*: ahora que el naturalismo se halla en los postreros instantes de su existencia efímera, antójasele al novelista ilustre, tan enemigo teóricamente del naturalismo, hacerse naturalista en la práctica y dar á luz una novela, titulada GENIO Y FIGURA, de la cual si Cervantes resucitara podría decir como de *La Celestina* dijo:

«libro, en mi opinión, divi-
si ocultará más lo huma-»

aunque, tal vez no lo dijese; pues se me antoja que *Genio y Figura* tiene mucho más de *huma*- y bastante menos de *divi*- que la *Tragicomedia de Calisto y Melibea*.

Como el nombre solo de *Juan Valera*, en lo que respecta á cuestiones de literatura y de arte, es garantía de las mejores y de las más indiscutibles, tengo por seguro que muchos noticieros no han leído el libro y han dicho de él que es excelente.

Tampoco habría yo vacilado un punto en decirlo, aunque siempre haciendo la salvedad, á fuer de sincero, de que no conocía la obra.

«Me basta saber que es de Valera para afirmar que es buena,» hubiera dicho yo hace pocos días.

Y me habría equivocado.

Porque *Genio y Figura*, digan cuanto decir quisieren los amigos apasionados y los partidarios incondicionales del insigne Valera, á quien yo respeto y admiro, tanto por lo menos cuanto el que más lo respete y lo admire, ni me parece buena novela, ni me parece buena obra.

Digo más, aunque se me tome por soberbio: ni me lo parece, ni lo es.

«Yo no quiero probar nada (dice D. Juan Valera en las primeras páginas de su libro), ni menos aún dejarme convencer; pero la vida, el carácter y los varios lances, acciones y pasiones de la persona que mi amigo ponía como muestra, son tan curiosos y singulares que me inspiran el deseo de relatarlos aquí, contándolos como quien cuenta un cuento.»

Y lo cuenta efectivamente, y el cuento se reduce á un estudio, entre psicológico y fisiológico, más de esto que de aquello, de una mujer hermosísima y buena, á quien llaman Rafaela, y por apodo LA GENEROSA, y que lo es tanto que se pasa la vida entregándose á cuantos hombres la tratan y la solicitan, jóvenes y viejos, ricos ó pobres, malos y buenos.

El cuadro está admirablemente pintado, es verdad; pero eso es lo peor que tiene, porque su contemplación resulta muy poco edificante.

No sé, ni necesito saber, si la protagonista de GENIO Y FIGURA, llámese la señora de Figueredo, llámese Rafaela, ó llámese *La Generosa*, es tipo creado por Valera, ó es, como sospecho, retrato de alguna persona de carne y hueso á quien ha tratado el autor y ha favorecido el retratista elevándola desde la esfera humildísima de mujer vulgar hasta la de heroína de novela.

De su personaje, real ó imaginario, dice el autor: «No se vaya á creer que presentamos aquí á Rafaela como un pozo de sabiduría. Su educación había sido descuidadísima, ó mejor dicho, Rafaela no había recibido ninguna educación; pero naturalmente era muy lista. En sus ratos de ocio había aprendido á leer y á escribir, aunque escribía sin reglas y apenas leía de corrido. Sólo había leído algunas novelas y los periódicos.»

Fíjense ustedes en que *Rafaela* ó *La Generosa* escribía sin reglas y apenas leía de corrido.

Bueno, pues ahora vean ustedes cómo escribe Rafaela, cuando á ello se pone:

«Te aseguro que lamenté y lloré mi viudez con no menor abundancia de lágrimas que las que vertería la más fiel y enamorada de las esposas á quien se le muriese, en la flor de la juventud, su idolatrado y gentil marido. No se afligió más que yo Artemisa con la muerte de Mausolo; ni Victoria Colonna con la del marqués de Pescara; ni la propia Venus con la de Adonis.»

¡Y eche usted historia, y eche usted mitología y eche usted erudición!

Ya sé que todo eso, aunque parece dicho por *La Generosa*, una *horizontal* afortunada, lo escribe el elegante y pulcro y erudito académico D. Juan Valera; lo hago notar, no obstante, para que se vea cómo efectivamente el novelista al pintar á *La Generosa* la ha favorecido mucho.

Como que aparece simpática, buena, de nobles sentimientos, de gran corazón, de talento clarísimo, y en una palabra, la más adorable de las mujeres.

Y *velay*... Por eso *Genio y Figura* me parece una mala obra, si no quieren ustedes que la llame una novela mala.

Y basta lo dicho para explicar mi voto.

A. SÁNCHEZ PÉREZ



EL ALCALDE DE MOSTOLES, EPISODIO DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA, cuadro de A. Pérez Rubio que se conserva en la Diputación Provincial de Madrid

EL ALCALDE DE MÓSTOLES

Napoleón amenazaba á Inglaterra acumulando en el campamento de Boulogne inmensos elementos para invadir á la Gran Bretaña, pero Pitt le convirtió de amenazador en amenazado y le obligó á apartar la mirada del canal de la Mancha para luchar á brazo partido con una nueva y formidable coalición europea. Los suecos y los rusos debían avanzar por Hannover; los rusos y los austriacos por el valle del Danubio; otro ejército austriaco tendría por campo de acción la Lombardía; y los ingleses, los rusos y los napolitanos maniobrarían en el Mediodía de Italia. Napoleón clavó su mirada de águila en los cuatro ejércitos que amenazaban al imperio francés, y formó su plan, que consistió en prescindir de los dos que estaban en los extremos, oponer uno de sus lugartenientes al famoso archiduque Carlos, que mandaba ochenta mil austriacos, y caer él personalmente sobre el general Mack, que al frente de otros ochenta mil hombres, avanzada del gran ejército ruso y de las reservas austriacas, atravesaba Baviera y Suabia, teniendo por objetivo los desfiladeros de la Selva Negra y las orillas del Rhin. Al general austriaco no le cabía ninguna duda de que los franceses no faltarían á su tradicional costumbre de desembocar por los desfiladeros; pero el emperador ladeó la Selva Negra, y Mack se lo encontró á retaguardia cuando creía tenerlo delante. Napoleón le atacó, acorraló, encerró en un círculo de hierro, y el 19 de octubre de 1805 el general austriaco se vió obligado á capitular.

En el espacio de tres semanas había

sido deshecho un ejército de ochenta mil hombres.

Algunos días después, el primer ministro de Inglaterra sentaba á su mesa, en su casa de campo, á varios amigos, entre ellos á sir Arturo Wellesley, recién llegado de la India y destinado á convertirse en lord Wellington, el vencedor de Napoleón en Waterloo; á sir Hawkesbury, más conocido por lord Liverpool; á lord Castlereagh y á lord Bathurst. Durante la comida entregaron un pliego á Pitt, quien creyó que debía enterarse en el acto de su contenido, por si se refería á la terrible partida que se jugaba en el continente entre la Europa coligada y Napoleón, y notaron los comensales que aquella lectura dejó preocupado al ministro. A los postres salieron los criados, según costumbre inglesa, y Pitt dijo á sus convidados: «Malas noticias: Mack se ha rendido en Ulm con cuarenta mil hombres y Bonaparte sigue á Viena sin obstáculo.» La noticia produjo el efecto del rayo, y aque-

llos hombres eminentes manifestaron su opinión de que todo estaba perdido y no había remedio contra Napoleón. «Todavía lo hay si consigo levantar una guerra nacional en Europa,» dijo Pitt, á quien todos miraron con asombro. ¿Una guerra en Europa cuando los ejércitos unidos de Austria, Rusia, Inglaterra, Suecia y Nápoles no habían logrado atajar al emperador? ¿Dónde? Pitt adivinó lo que aquellos hombres pensaban, y añadió en tono que tenía algo de profético: «Y esa guerra ha de comenzar en España.»

Callaron por respeto, dominados por la conmisericordia, pues las palabras que acababan de oír las atribuyeron á desvarío, causado por la enfermedad que ya tenía herido de muerte á Pitt y que tres meses después debía llevarle al sepulcro; y no es de extrañar que tal efecto produjeran, porque en aquel entonces España era la aliada de Napoleón y se sabía que la escuadra inglesa, al mando de Nelson, manio-

braba en busca de las naves españolas y francesas, con las que chocó en Trafalgar el 21 de octubre, dos días después de la capitulación de Ulm, obteniendo el almirante inglés la victoria, pero á costa de la vida, y sufriendo nuestros marinos una derrota, de la cual nos enorgullecemos tanto, que ponemos á la altura de los héroes á Churrua, Gravina, Galiano, Alcalá, Moyúa, Castaños y otros muchos. Como revelaran los semblantes algo de lo que los labios callaban, comprendió el ministro inglés el efecto que sus frases habían producido, é insistió en su afirmación, diciendo: «Sí, señores; España será el primer pueblo donde se encenderá esa guerra patriótica, la única que puede liberrar á Europa.»



GUERRA DE CUBA. - CASA EN DONDE SE DICE QUE FUÉ VELADO EL CADÁVER DE MACEO EN PUNTA BRAVA (de fotografía de D. Aurelio Ferrer)

Apoyó la afirmación en las noticias que tenía de nuestra patria, donde, si bien las clases altas habían degenerado con el mal gobierno y estaban á los pies de Godoy, en cambio, añadió, «el pueblo conserva toda su pureza primitiva, y su odio contra Francia es tan grande como siempre, y casi igual al amor á sus soberanos. Bonaparte cree y debe creer que la existencia de éstos es incompatible con la suya; tratará de quitarlos, y entonces es cuando yo le aguardo con la guerra que tanto deseo.»

El vaticinio de Pitt se cumplió, y el año 1808 Napoleón se halló con que le declaraba la guerra, no un gobierno ni un Estado, sino un pueblo; y este pueblo fué el español, que tuvo por representante al Alcalde de Móstoles, quien con la mayor sencillez, como si hiciera la cosa más natural del mundo, supo condensar é interpretar las audacias, los arrebatos, las cualidades, el heroísmo de los españoles, sus glorias pasadas y las amarguras presentes, pero también la fe inquebrantable en la patria, puesta la esperanza en Dios. El Alcalde de Móstoles no es un personaje nuevo en nuestra historia, pues en ella le hallamos desde los más remotos tiempos; pero así como se llamó Viriato en la lucha con los romanos, y D. Pelayo en la epopeya contra los árabes, tiene por nombre Andrés Torrejón en la guerra de la Independencia. Napoleón exclamó en Santa Elena: «Esta desgraciada guerra me ha perdido.» Probablemente murió sin tener noticia del Alcalde de Móstoles ni de la anciana haraposa que, al presenciar la salida para Francia de los infantes D. Antonio y D. Francisco, gritó con acento estridente y desgarrador: «¡Que se nos los lleven!» Suprimase el grito de la mujer del pueblo y se suprime el 2 de mayo, y con él el famoso parte del Alcalde de Móstoles. El empuje inicial que debía derribar á aquel coloso, partió de una pobre vieja y de un alcalde de monterilla.

En todos los corazones y en todos los labios está el Alcalde de Móstoles, pero poco es lo que se sabe de su persona, de la que no se han dado detalles. Pude adquirirlos en 1892, y he aquí cómo fué: en el balneario de Sobrón tuve de vecino de mesa á un caballero, de quien supe que era secretario del ayuntamiento de Móstoles, que D. Mariano Torrejón se llamaba y á la familia del famoso alcalde pertenecía, con la circunstancia de haber conocido y tratado á personas que figuraron en el celeberrimo acontecimiento de la redacción y envío del parte. Comencé á preguntar y él á responder con cortesía, unida á la complacencia de quien habla de hechos que á su familia y pueblo enaltecen, y el resultado del interrogatorio, completado por algunos documentos que después me envié, fué el que voy á narrar.

D. Andrés Torrejón, el celeberrimo alcalde, vivía en Móstoles el año 1808 y contaría setenta y tres de edad. Era hombre muy alto, regular de carnes y labrador de pan llevar, que á pesar de ser propietario necesitaba de su trabajo personal en las faenas de la

labranza para sostener á su familia sin estrecheces ni empeños. Habitaba casa propia, modesta y de piso bajo, sita en la entonces calle de Segovia; edificio del cual se conserva como estaba la parte que mira á la sierra, pero no la que da á Oriente, ya modificada.

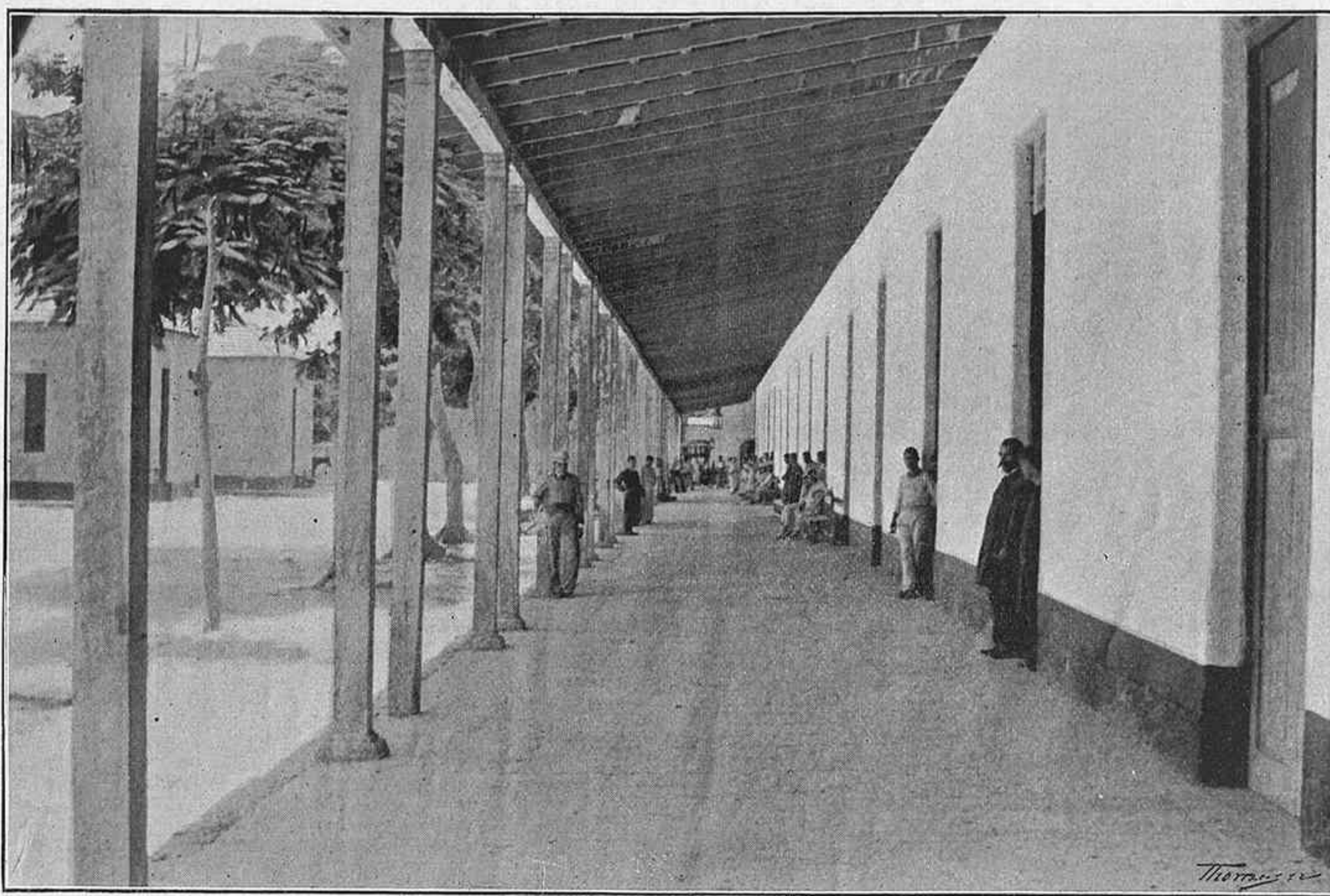
sas que contenían lo que el acta llama tejuelos, en los que estaban metidos los nombres de los que podían desempeñar los cargos, pues el procedimiento que se seguía era el de la desinsaculación, que mucho contribuiría á la pública tranquilidad si á él volviéramos,

pues acabaría con diputados y concejales de oficio. Abierta el arca se sacó una bolsa con una etiqueta que decía: «Alcaldes por el estado noble,» y al meter en ella la mano un niño para extraer un nombre, se notó que se había olvidado poner los tejuelos. Reparóse la falta sin alguna leve protesta; sacó el niño un tejuelo, del que se extrajo la cédula, que fué entregada al alcalde saliente, quien leyó el nombre de Andrés Torrejón; y como nadie le pusiera óbice, quedó proclamado alcalde por el estado noble á disgusto del interesado, quien trató de excusarse alegando su avanzada edad, y por si esto no bastase, también alegó que era deudor al pósito; mas no le valieron las excusas, y aquel mismo día se vió obligado á tomar posesión de la vara, convirtiéndose en Alcalde de Móstoles (1).

El 2 de mayo de 1808 se hallaba en Madrid un sacerdote nacido en Móstoles, llamado D. Fausto

(1) Por ser documento curioso, histórico é inédito, y por saberse tan poco de Andrés Torrejón, á pesar de su notoriedad, insertamos el acta de las elecciones verificadas en Móstoles el día 1.º de enero de 1808, de la cual nos facilitó copia D. Mariano Torrejón. Dice así:

DESINSACULACIÓN. En la villa de Móstoles, á primero de Enero de mil ochocientos ocho, los señores don Felix de Olarte y Manuel Lucas, Alcaldes ordinarios por sus respectivos estados; don Juan Antonio Ortiz de Acedo y Segundo Martínez, Regidores por los mismos; Juan Hernández, Diputado, y José Rodríguez, procurador Síndico general, los mismos que componen este Ayuntamiento, con la asistencia de nosotros los Escribanos de número y Ayuntamiento, (con la asistencia) pasaron sus mercedes á la Capilla de Nuestra Sra. de los Santos, intramuros de esta dicha villa, sitio acostumbrado para estos actos de desinsaculación, á la cual concurrieron igualmente á virtud de citación los capitulares que han sido don Alfonso García de Sena, Gabriel Encinas, Marcos Rodríguez, Simón Montero y Simón Hernández, todos vecinos de esta villa, y habiéndose bajado el arca de donde se hallaba, introducidas las Bolsas con los tejuelos para el nombramiento de Justicia para el corriente año, habiéndola abierto y sacado la Bolsa donde dice «Alcaldes por el Estado Noble,» á cuyo estado entraron á este acto, Pascual Torrejón y Juan Montero, dos de los citados vecinos y capitulares de esta villa; y continuando el mismo acto y abriendo la citada Bolsa y metido la mano un chico de corta edad, se halló no había en ella tejuelo ni nombre alguno. En cuyo estado se profirió por don Alfonso García de Sena que protesta no estén los dos sujetos del estado Noble en esta Bolsa, según lo propuesto por el Alcalde mayor al Real y Supremo consejo. Y seguidamente se sacó la Bolsa que dice: «ponentes para Alcaldes por el estado Noble de desinsaculación,» y sacado por dicho niño un tejuelo, se halló introducido en él una cédula, y habiéndose entregado al señor Alcalde la leyó y halló en dicha cédula el nombre de Andrés Torrejón, por lo cual y no habiéndosele puesto óbice ninguno, quedó electo para Alcalde del estado Noble. Y seguidamente se sacó la Bolsa de Alcaldes por el estado de hombres buenos, y habiéndola meneado y metido el mismo niño la mano y sacado un tejuelo y entregádosele al mismo señor Alcalde, sacó la cédula que tenía introducida y se halló el nombre de Simón Hernández; el que



GUERRA DE CUBA. - UN CORREDOR DEL HOSPITAL MILITAR DE SANTIAGO DE CUBA
(de fotografía de D. Aurelio Ferrer)

Según tradición, en tiempo de los sarracenos escondieron los de Móstoles la venerada imagen de Nuestra Señora de los Santos. Pasaron los siglos, y cierto día ocurrió que jugando los chiquillos á la pelota, ésta se metió en una grieta que había en el muro, y al encaramarse para recobrarla, tuvieron la fortuna de descubrir la santa imagen que allí había sido escondida. Extraordinario fué el júbilo del pueblo, que levantó á la Virgen una ermita, que llaman basílica, y en la que se reunían todos los años los que



GUERRA DE CUBA. - CLÍNICA DE HERIDOS EN EL HOSPITAL MILITAR DE SANTIAGO DE CUBA
(de fotografía de D. Aurelio Ferrer)

componían el ayuntamiento para proceder á la designación de los que debían entrar en funciones, poniendo así bajo el amparo de la religión la administración y buen regimiento del municipio. El 1.º de enero de 1808 se juntaron, según costumbre, en la ermita, los capitulares y los escribanos de número para dar fe del acto, á fin de proceder, entre otros nombramientos, al de dos alcaldes, uno por el llamado estado noble y el otro por el de hombres buenos. Reunida la asamblea y presenciando los vecinos el acto, trajeron el arca donde se conservaban las bol-

estas no estén los dos sujetos del estado Noble en esta Bolsa, según lo propuesto por el Alcalde mayor al Real y Supremo consejo. Y seguidamente se sacó la Bolsa que dice: «ponentes para Alcaldes por el estado Noble de desinsaculación,» y sacado por dicho niño un tejuelo, se halló introducido en él una cédula, y habiéndose entregado al señor Alcalde la leyó y halló en dicha cédula el nombre de Andrés Torrejón, por lo cual y no habiéndosele puesto óbice ninguno, quedó electo para Alcalde del estado Noble. Y seguidamente se sacó la Bolsa de Alcaldes por el estado de hombres buenos, y habiéndola meneado y metido el mismo niño la mano y sacado un tejuelo y entregádosele al mismo señor Alcalde, sacó la cédula que tenía introducida y se halló el nombre de Simón Hernández; el que



GUERRA DE CUBA. - DEFENSA DE UNA TRINCHERA POR FUERZAS DE LA CONSTITUCIÓN EN EL ALTO SONGO (de fotografía de D. Aurelio Ferrer)

Fraysle y González, quien horrorizado de lo que había visto salió escapado de la capital y cayó como una bomba en el pacífico y tranquilo pueblo, con la noticia de la sangrienta y heroica jornada. Vivía entonces retirado en Móstoles, deseoso de tranquilidad y reposo, el asturiano D. Juan Pérez Villaamil, quien entre otros elevados cargos había desempeñado el de secretario del Almirantazgo, y á él acudió el alcalde Torrejón en demanda de consejo, en vista de la efervescencia producida por el relato de Fraysle. El que le dió Villaamil fué que convocase á reunión al ayuntamiento, mientras él salía á la carretera de Madrid á Badajoz por si veía á alguien procedente de la corte á quien interrogar, para confirmar la noticia en todas sus partes ó atenuarla, pues la importancia del suceso requería cerciorarse antes de tomar acuerdo. Al poco rato de estar en la carretera, vió Villaamil á un hombre de traza sospechosa, el cual fué detenido; y como sus respuestas resultasen incoherentes, se le registró, encontrándosele una comunicación de los franceses que no dejaba lugar á duda respecto de lo ocurrido en Madrid. No necesitó más D. Juan para ir al

no habiéndole puesto tacha alguna quedó electo para Alcalde Ordinario por el estado de hombres buenos; y seguidamente se sacó la Bolsa para Regidor en depósito por el estado Noble, y habiéndola meneado y metido el mismo chico la mano y sacado un tejuelo que tenía introducido una cédula, se halló en ella el nombre de Antonio Alrn de Carlos, el que quedó electo por tal Regidor en depósito por el estado Noble; y seguidamente se sacó la Bolsa de Regidores en este año por el estado general, y habiéndola meneado, metió la mano el citado chico, y sacado un tejuelo y visto la cédula que tenía introducida, se halló el nombre de Manuel Montero de Manuel, el que quedó electo por tal Regidor en este año por el estado general; y seguidamente se sacó la Bolsa de procurador Síndico general en depósito por el estado Noble, y habiéndola meneado y metido dicho niño la mano y sacado un tejuelo y entregándosele á su merced, halló el nombre de José Salazar, el que quedó electo por tal procurador Síndico general; y sacada la Bolsa de Alcalde de la Santa Hermandad en depósito por el estado Noble, y sacado un tejuelo por el mismo niño y entregándosele á su merced, halló en él una cédula con el nombre de Fernando Frutos, el que quedó electo por tal Alcalde de la Santa Hermandad en depósito por el estado Noble; y habiendo sacado la Bolsa de Alcaldes de la Santa Hermandad por el estado general, y meneádola, metió dicho niño la mano, y sacando un tejuelo se halló introducida una cédula con el nombre de Juan Godino, el que quedó electo para Alcalde de la Santa Hermandad por el estado general; en cuyo estado quedó concluído este acto que firmaron sus mercedes junto con los concurrentes, de todo lo cual nos los Escribanos damos fe (Siguen las firmas). - Móstoles 21 de Septiembre de 1892. - Es copia. - Mariano Torrejón.»

ayuntamiento, y deseoso de que la noticia circulase con rapidez, propuso el envío á los alcaldes de los pueblos vecinos del parte famoso, si había quien se atreviese á redactarlo, pues no ocultó la gran responsabilidad que ante los franceses contraería el que tal hiciera. El anciano Torrejón debió contestarle esto ó cosa parecida: «Díctele el parte y yo pongo lo que diga.» Dictó Villaamil y el Alcalde escribió de su puño y letra: «2 de mayo de 1808. Madrid perez víctima de la perfidia francesa. ¡Españoles, acudid á salvarle! - El Alcalde de Móstoles.» Parece que si Torrejón no conocía el miedo, tampoco conocía muy á fondo la ortografía, cosa nada rara en un labrador, pues es tradición que escribió *vítima*.

En el sorteo llamado de desinsaculación, verificado el 1.º de enero, fué designado para alcalde por el estado de hombres buenos, al mismo tiempo que Andrés Torrejón lo era por el estado noble, Simón Hernández, maestro de postas de Móstoles, quien en cuanto estuvo redactado el parte, lo entregó á su hijo

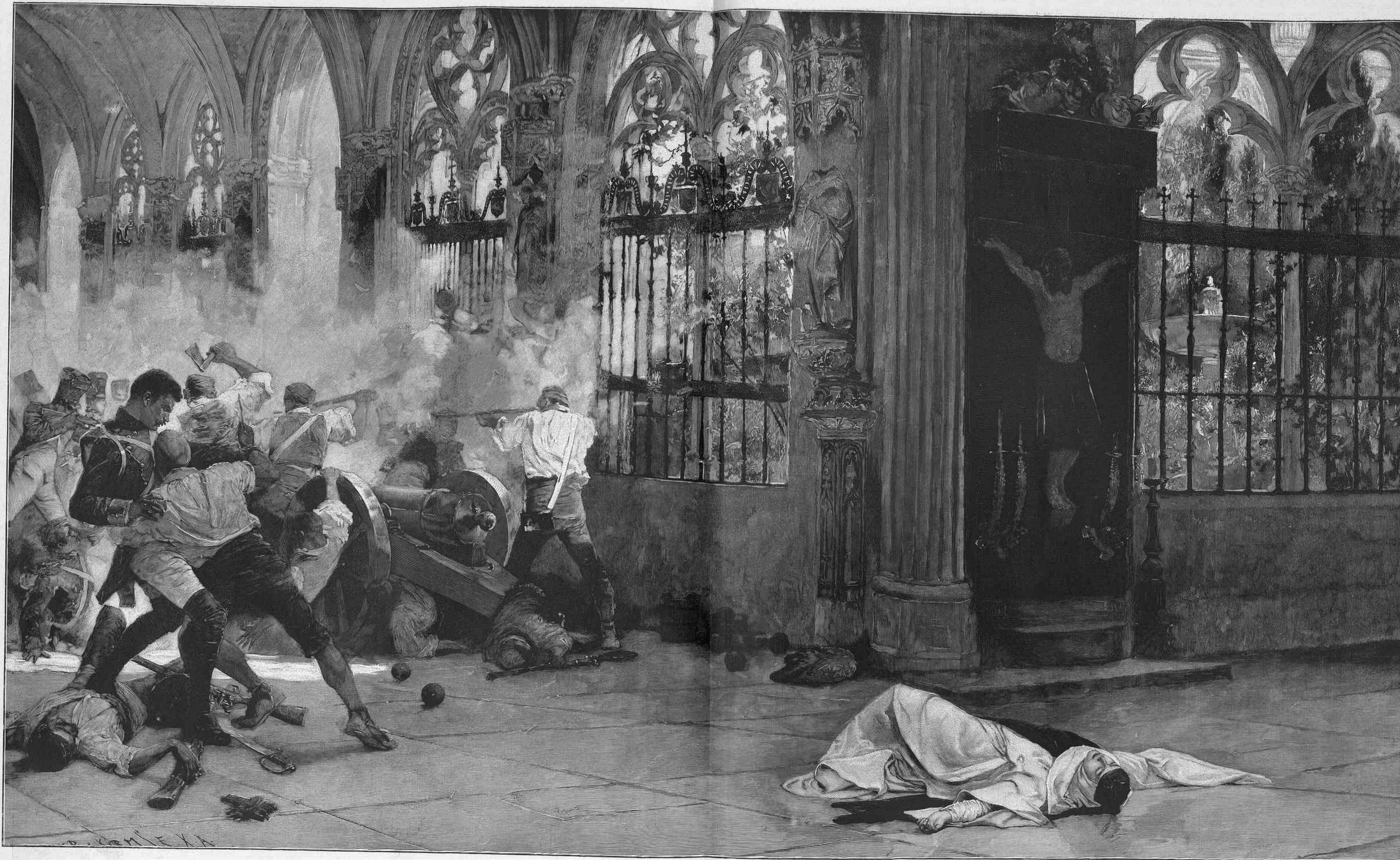
Antonio, con orden de que lo circulara; de modo que dos eran los alcaldes de Móstoles, y si el uno es famoso por haber escrito el celeberrimo documento, merece serlo el otro por haberle dado curso. Montó Antonio á caballo y de un trote llegó á Navalcarnero, á cuyo alcalde dió á leer el parte; y como es natural que los de Navalcarnero preguntaran mucho y el mensajero no fuera escaso de palabras, puede suponerse que aunque lo sucedido el 2 de mayo no necesitara el aumento de la exageración, se lo diera Antonio, quien volvió á montar á caballo; hizo en los demás pueblos lo que en Navalcarnero, y no paró hasta Badajoz, donde terminaba la carretera. Dice el condé de Toreno en su historia del «Levantamiento, Guerra y Revolución de España» que la noticia «cundió creciendo de boca en boca, y en tanto grado exagerada, que cuando llegó á Talavera pintábase á Madrid ardiendo por todos sus puntos y confundido en muertes y destrozos.» Tan extraordinario fué el efecto producido por el parte y los comentarios, que algunos extremeños se presentaron con armas y palos en Móstoles para librar á Madrid de los franceses, según persona que los vió refirió al secretario don Manuel Torrejón, quien me dijo en Sobrón que había conocido á D. Fausto Fraysle y González, que fué el primero que dió noticia del 2 de mayo en Móstoles, fallecido precisamente en la misma

fecha en 1865, á la edad de ochenta y nueve años; y también á Antonio Hernández, que fué el que circuló el parte y murió de edad muy avanzada, siendo conocido por Antonio el Postillón. Cuando durante la guerra pasaban los franceses por Móstoles, sus vecinos se refugiaban en la ermita de Nuestra Señora de la Salud, situada á unos tres kilómetros del pueblo, en el pradillo de San Marcos y á orillas de un arroyo. A esta ermita iban en romería los de Móstoles el 25 de abril, festividad de San Marcos evangelista, y se hacía una distribución de pan y queso á cada vecino que asistía á la fiesta, pero también se llevaba una cadena para traer con ella atado al pueblo al que se emborrachara ó alborotase, con lo cual no había borracheras ni pependencias.

D. Andrés Torrejón dejó de ser alcalde al terminar el año, pues no había reelección, dado el procedimiento que se seguía para el nombramiento, y falleció en Móstoles el 16 de agosto de 1812, á los setenta y siete años cumplidos de edad. En el libro



GUERRA DE CUBA. - GUERRILLA VADEANDO EL GUANICUM (de fotografía de D. Aurelio Ferrer)



UN EPISODIO DEL SITIO DE ZARAGOZA EN 1808, COPIA DEL CELEBRADO CUADRO DE CÉSAR ÁLVAREZ DUMONT

octavo de defunciones, folio 150 vuelto y siguiente, se halla la partida de defunción de «El heroico Andrés Torrejón», y al margen una nota que tiene la fecha del 17 de agosto, nota que parecerá extraña si no se recuerda el hambre que se padeció en Madrid y alrededores á consecuencia de la guerra, y la significación que en ésta tuvo el difunto. Dice así: «Certifico que en los meses anteriores de este presente año llegó á valer la fanega de trigo á 540 reales, la de algarrobas á 420 reales, siendo estas especies de granos las únicas que se encontraban, y por consiguiente el pan de dos libras llegó á valer en este pueblo á 11 reales, con la advertencia de que este llamado pan era compuesto de salvado, ceniza, yeso, ladrillo y otras penitencias, de cuyo veneno y de tan grande hambre se ha seguido la muerte de tantas personas como constan en este libro desde el marzo próximo anterior; llegaron á tal extenuación los cuerpos de estos muertos, que andando caían exánimes. Dios nos libre de otra semejante. D. Josef Alvarez Vázquez.» Tiene una rúbrica, y después de la rúbrica: «Nota 2.ª Este Andrés Torrejón, q. D. h., fué el invicto *alcalde* que el día 2 de mayo de 1808 declaró el primero la guerra en España á Napoleón I, emperador de Francia, y proclamó la independencia nacional. R. I. P.» Para formarse idea de las víctimas que causó el hambre en Móstoles, citaremos las siguientes cifras: en tiempos normales eran de 40 á 50 anuales las defunciones, y el año 1812 aparecen inscritas en el libro parroquial, desde 1.º de abril á 16 de agosto, 140, cifra aterradora y que prueba á qué extremo de miseria se había llegado. Los de Móstoles conservan la tradición, sienten el orgullo del hecho y han dado los nombres de Torrejón, Simón Hernández y Villaamil á las calles en que vivieron. No se posee ningún retrato auténtico del Alcalde, y el publicado por un periódico se hizo aprovechando el parecido á D. Andrés que tenía uno de la familia, según afirmaban los que á aquél conocieron. No ha mucho vivía en Madrid su nieta doña Celedonia, á quien sostenía su hijo, que pertenece á la Administración militar de Marina y entonces estaba en la Habana. De otro hijo de D. Andrés descendían dos biznietos, residente uno de ellos en Móstoles y el otro en Madrid, donde por imposibilidad de ambas manos, que no le permite ocuparse en otra faena, se dedica á vender agua en los paseos, siendo de lamentar que el gobierno no haya sabido encontrar para él una plaza de portero ó de ordenanza.

Las víctimas del 2 de Mayo tienen un monumento, así como Daoiz, Velarde y el teniente Ruiz, con los cuales se honra el ejército todo y en particular los cuerpos de artillería é infantería; pero no lo tiene el pueblo, principal héroe de aquella jornada y de la guerra de la Independencia, y merece que se le erija personificado en el famoso Alcalde de Móstoles, que es un tipo popular y acabará por serlo legendario.

TEODORO BARÓ

NUESTROS GRARADOS

El general Hernández Velasco.—Este bizarro militar nació en Motril en 1847, hizo los estudios de su carrera



El general de brigada D. CÁNDIDO HERNÁNDEZ VELASCO que hizo prisionero al cabecilla Rius Rivera el 29 de marzo último

en el colegio de Toledo y á poco de salir de él se encontró en la batalla de Alcolea y fué ascendido á teniente. Batióse después en Cataluña contra los carlistas, habiendo sido herido y obtenido el empleo de capitán. Pasó luego á Cuba, donde tuvo ocasión de distinguirse en muchos combates, y regresó á España de comandante. Un año prestó sus servicios en el ministerio de la Guerra; volvió á Cuba, en donde, ya teniente coronel, desempeñó importantes mandos; al ascender á coronel en 1895, fué destinado á su instancia, al iniciarse la actual guerra, á las columnas que operan contra los insurrectos, mereciendo por su bravura y brillante comportamiento el ascenso á general de brigada y el mando de la columna á cuyo frente estaba el general Luque, herido en la acción de Paso Real. El 29 del pasado marzo, Hernández Velasco, que venía operando en la provincia de Pinar del Río contra los rebeldes mandados por el cabecilla Rius Rivera, sucesor de Maceo, consiguió sorprenderle en Cabezadas de Río Hondo, donde se hallaba atrincherado, y tras breve pero empeñada lucha, le hizo prisionero juntamente con el cabecilla Bacallao, titulado jefe de Estado mayor, prestando así un servicio de grande importancia, puesto que ha contribuído á quebrantar más y más la ya decaída insurrección en aquella provincia.

La guerra de Cuba.—Merced á la diligencia de nuestros corresponsales de aquella isla podemos hoy aumentar con seis nuevos grabados, reproducción de otras tantas fotografías, la serie de los que venimos publicando referentes á la lucha que allí sostienen nuestras tropas. Juzgamos ocioso hacer una descripción detallada de lo que cada uno de ellos representa, pues los títulos que llevan al pie así como su examen bastan para la mejor inteligencia de su asunto. El sexto de dichos grabados es el retrato, tomado asimismo de una reciente fotografía, del general de brigada D. Cándido Hernández Velasco.

El maestro D. Felipe Pedrell.—«Los Pirineos,» esa hermosa trilogía del ilustre vate catalán D. Víctor Balaguer, sirvió al eminente maestro Pedrell para producir una obra musical de extraordinario aliento, manifestación elocuente de su valía. A ella debe el honroso calificativo de el *Wagner español* con que le denominan sus compañeros y los musicógrafos de Europa, quienes admiran en la magistral obra de Pedrell la inteligente adaptación de los elementos de la estética alemana al



sentimiento musical de nuestro país, que es uno de los medios de expresión del *genio latino*.

Boito, Verdi, Mascagni y Tebaldini prohicieron con entusiasmo la obra de nuestro querido amigo, ejecutándose por primera vez el prólogo de *Los Pirineos* por la Academia *Benadetto Marcello*, de Venecia, el día 12 de marzo último. Allí, en la poética ciudad de los Dux, entre los vótores de sus compañeros y los calurosos aplausos de los espectadores, tuvo lugar la consagración de la obra de Pedrell y el reconocimiento de sus méritos.

Difícil es exponer en breve espacio la importancia y significación de la totalidad de la ópera á que nos referimos. Basta consignar que la trilogía de D. Víctor Balaguer, ese canto épico en que tan admirablemente se pinta la íntima unión de los pueblos que expresaban sus ideas en la misma lengua y que alentaban por idénticas aspiraciones, la caballerisca Provenza y la generosa Cataluña, ha dado lugar á Pedrell para escribir una producción robusta y vigorosa, inspirada en ideales nobilísimos, que si de momento no interesan á nuestro público sugestionado por el apasionamiento artístico, llegará en plazo no lejano á apreciarse en todo su valor. Entonces, y sin reserva de ningún género, se tributará á Pedrell el homenaje á que tiene derecho, que por desgracia retardan sus émulo en nuestro país.

Próximamente se ejecutará en el Gran Teatro de la Scala de Milán la totalidad de la obra, cuyas decoraciones pinta en estos momentos el hijo de una de las más justificadas glorias españolas, Mariano Fortuny, el eximio pintor reusense. Barcelona, en donde se escribió la obra, y Madrid, en donde fué premiada y se contrajo el compromiso de ejecutarla, recibirán esta nueva lección de la caballerosa Italia, que siempre grande y generosa, acoge y patrocina el mérito, sea cual fuere su procedencia y nacionalidad.

Reciba Pedrell el sincero pláceme que le tributamos y el testimonio de nuestra consideración.

Un episodio del sitio de Zaragoza en 1808, copia del celebrado cuadro de César Alvarez Drumont.—«Jamás he visto, señor, un encarnizamiento igual al que muestran nuestros enemigos en la defensa de esta plaza. He visto á las mujeres dejarse matar delante de la brecha. Cada casa requiere un nuevo asalto...» «El sitio de Zaragoza en nada se parece á nuestras anteriores guerras. Para tomar las casas nos vemos precisados á hacer uso del asalto ó de la mina. Estos desgraciados se defienden con un encarnizamiento de que no es fácil formarse idea. En una palabra, señor, esta es una guerra que horroriza. La ciudad arde en estos momentos por cuatro puntos distintos y llueven sobre ella centenares de bombas; pero nada basta para intimidar á sus defensores...» Así escribía el mariscal Lannes al emperador Napoleón, dándole cuenta de las dificultades con que tropezaba para apoderarse de Zaragoza y haciendo en pocas palabras la más brillante apología del heroísmo y constancia de los zaragozanos. A falta de otros baluartes, extremaron éstos su resistencia en los conventos, algunos de los cuales, como los de Capuchinos y las



El maestro FELIPE PEDRELL, autor de la música de la trilogía «Los Pirineos,» poema de D. Víctor Balaguer

Descalzas, perdieron y recobraron varias veces y haciendo inútiles los furiosos ataques que los franceses dieron á los de San Agustín y Santa Mónica.

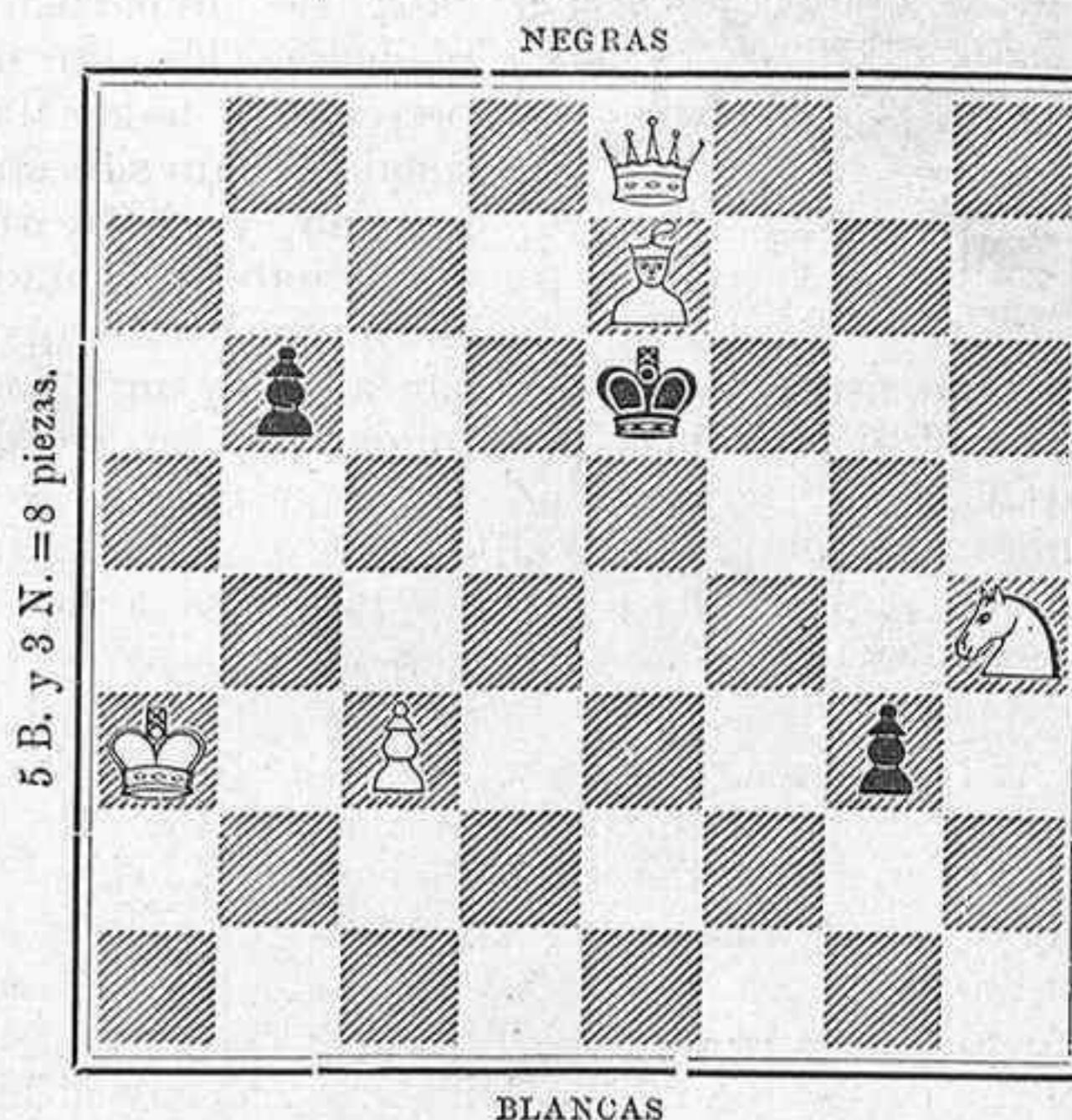
La defensa de uno de estos conventos ha inspirado al notable pintor Sr. Alvarez Drumont el bellísimo lienzo que reproducimos en nuestro grabado, tratando el asunto con vigorosos tonos, inimitable movimiento y un carácter local tan acertado como sólo puede representarlo un artista español de tan reconocido mérito, condiciones todas que le han valido justificados plácemes por tal obra.

En el estanque del Retiro, dibujo de A. Lavernia.—Los antiguos jardines del Buen Retiro, en la actualidad Parque de Madrid, son el paseo favorito de los habitantes de la coronada villa, y de ellos con especialidad las inmediaciones del estanque grande, donde se reúnen las damas elegantes cuando no prefieren pasear en coche. La época actual, con sus deliciosos días primaverales, atrae más concurrentes á aquellos jardines, viéndose

junto al estanque grupos ó familias como la que por manera tan vistosa ha reproducido en su dibujo el lápiz del estudioso artista Sr. Lavernia.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 67, POR JOSÉ BELTRÁN (Dedicado á Alfredo Carreño)



Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 66, POR V. MARÍN

- | | |
|---------------------|---------------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. A2CD | 1. T toma A (*) |
| 2. A3CD | 2. T toma A ú otra. |
| 3. D8TR ó A5D mate. | |

(*) Si 1. P toma P; 2. A2AD y 3. A4R mate; — y si 1. C negro juega; 2. A3AR jaque, P cubre; 3. A toma P mate. La amenaza es 2. A3CD y 3. A5D mate.

En esta estación es en la que es preciso ensayar los productos preconizados para los cuidados del cutis. A pesar de las intemperies, la cara y las manos permanecen intactas, si se emplean la CREMA SIMON, los POLVOS DE ARROZ SIMON y el JABON SIMON. La crema Simón no es un afeite, es el Cold-Cream por excelencia. Exfjase en cada frasco la firma

J. SIMÓN, 13, r. Gagne-Batelière, PARÍS



ISABEL, LA DE LOS CABELLOS DE ORO

NOVELA ORIGINAL DE LA NOTABLE ESCRITORA ALEMANA EUGENIA MARLITT



de los almacenes difundían sus claridades en las aceras, señalando las narices enrojecidas ó amoratadas por el frío, el pestañeo de los ojos molestados por el aire, los movimientos rápidos y la expresión de disgusto, en general, de los transeuntes.

Pero no, no todos tenían esta expresión. De una callejuela vecina salió una joven con paso elástico y ligero: el mantón, estrecho y demasiado corto, que la servía de abrigo, indicaba miembros delgados; el viejo manguito, oprimido contra el seno, sujetaba la extremidad de un gran velo negro deslucido, debajo del cual sonreía la dulce mirada de una mujer en todo el brillo de su fresca juventud; y esta mirada fijábase alegre en los capullos de las rosas y en los sombríos ramos de violetas que se ostentaban en los escaparates de las floristas, ocultándose tan sólo bajo largos párpados en el momento en que la tempestad, redoblando su furia, arrebatada y arrastrada con los copos de nieve pedacitos de hielo endurecidos y puntiagudos.

Aquel que no ha oído jamás á una niña, y hasta á una persona mayor, cuya inteligencia debería estar desarrollada, comenzar con aplomo en el teclado de un piano una melodía bien conocida, interrumpir después seguidamente el hilo musical con una disonancia imprevista, monstruosa..., ensayar luego en falso todos los tonos, excepto el que se debería producir, mientras el profesor, desorientado, detiene indefinidamente la mano que llevaba el compás ó la deja caer de nuevo vacilante; aquel cuyos nervios auditivos han sufrido este suplicio comprenderá que la joven de quien nos ocupamos en este momento acogiese con placer el cierzo glacial que enfriaba sus mejillas ardientes, y que los mugidos de la tempestad, desencadenando su furor, equivaliesen para ella á los sonidos del órgano y hasta á los de un arpa éolica, porque acababa de dar lecciones de música durante dos horas en un colegio.

La joven, pues, andaba con paso ligero, tan indiferente al huracán como á las oleadas humanas entre las cuales atravesaba, y bien puede afirmarse que en la calle, expuesta á la intemperie, hubiera hecho exactamente lo mismo que si se hubiese hallado en un salón; es decir, que habría saludado con radiante sonrisa y una graciosa inclinación de cabeza al lector á quien la hubiera presentado, pronunciando su nombre: señorita Isabel Ferber. Desgraciadamente, esta presentación es imaginaria, lo cual me contraría tanto más cuanto que pensaba referir al lector el pasado de la joven, cuya existencia acabo de señalar á su atención.

El Sr. Rodolfo de Gnadewitz era el último descendiente de una familia célebre por su opulencia, y cuyo origen se remontaba á esos tiempos fabulosos que van perdiéndose en una densa bruma..., esos tiempos en que el tráfico estaba reducido á la buhonería, y en que el negociante transportaba de castillo en castillo los brocados de seda que servían para vestir á las castellanas, las telas para cortar las banderas que

flotaban en medio de los torneos, y las alhajas fabricadas para engalanar á los hombres y á las mujeres... De aquella edad de oro databa la introducción de una rueda en el escudo de armas de los Gnadewitz. Uno de los individuos de esta familia, que se había distinguido particularmente por el robo á mano armada, se vió obligado á expiar en la rueda las fechorías y matanzas á que solía entregarse. Esto fué una gran injusticia, que estuvo á punto de sublevar á toda la nobleza del país, pues al fin y al cabo la rueda no era suplicio noble, y después de todo, el ajusticiado no había hecho más que derramar sangre de traficante, que no valía más que el agua. Por eso el héroe expoliador no dejó una sola mancha en su árbol genealógico, y su familia, por una especie de bravata, que se consideró de muy buen gusto y de gran tono, puso en su blasón la rueda que Gnadewitz había ennoblecido.

El Sr. Gnadewitz, último vástago de su familia, era chambelán en la corte del soberano del principado de X...; estaba condecorado con gran número de cordones de todos colores, cruces de todas dimensiones y formas, y además poseía la distinción, patrimonio inalienable, según él, de todo hombre bien nacido. En rigor, esta distinción no era sino una especie de compasión desdeñosa y de indiferencia despreciativa respecto á todas las cuestiones de moral y todos los casos de conciencia. Desde este punto de vista, en efecto, esa especie de distinción no puede pertenecer jamás á los descendientes de aquellos que han sufrido por el abuso de la fuerza, que han luchado y dado su vida para ver al fin la aurora del día en que la equidad para todos debía sustituir á los privilegios de algunos.

El Sr. Rodolfo de Gnadewitz era tan fastuoso como su abuelo, que había abandonado el antiguo castillo de Gnadewitz, situado en las montañas de Turingia y cuna de su familia, para erigir en el valle una morada fantástica de estilo italiano. El nieto abandonó aún más completamente que él la antigua mansión de la montaña, y embelleció de una manera notable el nuevo castillo, aumentando su importancia. El Sr. Gnadewitz no dudaba, al parecer, ni un solo instante que su posteridad sería eterna; esperaba sin duda que á su alrededor crecerían innumerables vástagos; y no se necesitaba menos para poblar los nuevos edificios. El Sr. de Gnadewitz tenía un hijo, el cual, llegado á la edad de veinte años, prometía tan cumplidamente ser un verdadero Gnadewitz, que su antecesor, el que inventó poner la rueda en el escudo de la familia, hubiera palidecido ante aquel heredero de su nombre. Por desgracia, en ocasión de efectuarse la primera gran cacería del otoño, el joven asestó un tremendo golpe con el mango de su látigo en la cabeza de un montero que había pisado por descuido la pata del perro favorito del Sr. de Gnadewitz hijo, y este acto estúpido tuvo por consecuencia inutilizar completamente al can para tomar parte en aquella expedición cinegética. Poco después, el joven Juan de Gnadewitz, no solamente figuró en el gran árbol genealógico de la familia, sino que también en

de nieve esparcidos, que huían ante su furor cual bandada de palomas perseguidas por un ave de rapiña.

Aunque el tiempo fuese tal que los sensibles habitantes de una pequeña villa no hubieran querido exponer su perro, ni mucho menos su preciosa persona, á las intemperies de la calle, no por eso había disminuído de una manera notable el movimiento de transeuntes que circulaban entre seis y siete de la noche á través de las calles de la capital B... Las llamas del gas sustituían á las claridades del cielo, y en la confluencia de las principales arterias de la ciudad los carruajes se cruzaban con rapidez peligrosa para los peatones; éstos se veían obligados á hacer prodigios de velocidad, y cuando gracias á un brusco salto alcanzaban un refugio provisional, veían, conducidos por soberbios caballos, en primer lugar cocheros cuidadosamente envueltos en sus majestuosas pieles, y después, detrás de las ventanillas de los carruajes, herméticamente cerradas, damas elegantes, ostentando sus cabezas coronadas de flores sobre ondas prodigiosas formadas por las faldas de sus vestidos de gasa. Relojeros silenciosos, entregados pacientemente á su trabajo; dependientes de comercio con caras risueñas; flores artificiales dispuestas en guirnaldas y ramos, colocadas junto á otras naturales que habían servido de modelo para crearlas; todo esto se ostentaba, vivía, trabajaba y agitábase detrás de los grandes cristales de los almacenes, que oponían una barrera infranqueable entre la atmósfera exterior y la cálida temperatura de la tienda. Las numerosas luces

uno del bosque, del cual estaba suspendido por medio de una gruesa cuerda muy nueva, pasada alrededor de su cuello. El montero, brutalmente herido, se había vengado; y aun cuando pagó su crimen con la vida, no pudo esto resucitar al último de los Gnadewitz. Con él terminaron bruscamente las cacerías, las orgías y los escándalos de toda especie con que se daba á conocer en el país.

Después de aquella espantosa catástrofe, el señor de Gnadewitz abandonó el hermoso castillo del valle, que había embellecido y ensanchado tan cuidadosamente, y hasta dejó aquel país funesto para retirarse á Silesia, á una de las numerosas propiedades que allí poseía. Desde allí envió á buscar á una parienta lejana, también la última de la descendencia, para que le cuidara y gobernase su casa. Ahora bien; la parienta estaba dotada de una belleza angelical, y el Sr. de Gnadewitz, olvidando los dolores pasados, las desgracias que le habían conducido á buscar refugio lejos de su país, y juzgando, en una palabra, que su inmensa fortuna era más que suficiente para hacer olvidar los sesenta años de su edad, pensó en un matrimonio. Hoy día, este proyecto no se hubiera juzgado extravagante é inmoral: poco importa á las jóvenes la edad del marido con tal que proporcione el bienestar á las que sin él se verían obligadas á trabajar, ó los trajes y joyas á las que de otro modo deberían privarse de algunos de estos objetos; pero en aquellos tiempos y en aquel país de costumbres primitivas no sucedía así... El poderoso señor supo, con profunda indignación, que podía darse el caso de que un Gnadewitz no fuese admitido por una joven á quien propusiera el honor de llevar su nombre; júzguese, pues, cuál sería su resentimiento cuando la joven le anunció que había dado su corazón á un oficial, hijo de uno de sus propios guardabosques.

El oficial no poseía más que su espada, su juventud, su fuerza y su gracia; pero había adquirido por sí propio una sólida instrucción, y tenía los más elevados sentimientos y el carácter más digno de afecto y respeto. El Sr. de Gnadewitz, después de oír aquella confesión, abandonó á su parienta, y ésta se casó con el joven Ferber... Durante diez años consideróse como la esposa más feliz de la tierra, y no habría cambiado su obscuridad por la corona de una reina; pero en el undécimo los dos esposos debieron sostener una lucha penosa... Ferber se vió obligado á optar entre dos deberes igualmente sagrados á sus ojos: uno era el que su padre le había enseñado con palabras y actos desde su más tierna infancia: *Debes amar á tu prójimo como á ti mismo, y más aún á tus compatriotas*. El otro deber, aunque concebido más tardíamente, pero aceptado por el militar con todo conocimiento de causa, le ordenaba obrar conforme al juramento de fidelidad prestado á su príncipe. En este conflicto, el deber más antiguo fué el que se antepuso, pues sus raíces penetraban á mayor profundidad en el corazón de Ferber; éste no pudo resolverse á matar á sus hermanos, á sus compatriotas, á quienes debía amar más que á sí propio; pero le costó su porvenir... Presentó la dimisión, y hallóse, en la fuerza de la edad, sin carrera y sin fortuna, presa de una enfermedad que duró largo tiempo, originada probablemente por la lucha moral que había sostenido. Cuando al fin pudo abandonar el lecho donde había estado tan largo tiempo, dirigióse con su familia á B..., y allí obtuvo, después de penosas diligencias, una plaza de tenedor de libros en una importante casa de comercio. Ya era hora..., la escasa dote de María Ferber se había agotado hacía largo tiempo para cuidar al enfermo y alimentar á su familia; y sin el generoso auxilio, sin las reiteradas remesas de metálico hechas por el hermano mayor y único de Ferber, guardabosque en Turingia, la familia hubiera conocido mucho antes las angustias y los horrores de la miseria.

Desgraciadamente, esta felicidad no debía ser duradera. El jefe de Ferber pertenecía á esa secta bien conocida cuyos actos están en constante desacuerdo con las palabras; su lenguaje es caritativo, humilde y expresa lógicamente su desinterés respecto á los bienes y las vanidades de este mundo; pero en sus actos se revela, por el contrario, la dureza, la sequedad para los que dependen de ellos, el orgullo que les inspira su impecabilidad, la sed insaciable de honores y dinero, y sobre todo y ante todo, una intolerancia implacable para todos los que no participan de sus convicciones; Ferber no era hipócrita, y puesto en el caso de obrar como su jefe, parecióle que esto era imposible; y el digno Sr. Hagen, su jefe, no tuvo punto de reposo hasta que le hubo sustituido. La ocasión se presentó muy pronto, y el Sr. Hagen, retirando á un padre de familia todo medio de subsistencia, experimentó una especie de satisfacción que calificó de piadosa... ¡No le condenemos; compadezcámonosle; tampoco él sabía lo que hacía; también él,

desconociendo el precepto de Jesucristo, alejándose de sus vías para caer en los errores de las pasiones humanas!



El testamento de Gnadewitz.

«En consideración á los lazos de parentesco que existen entre nuestra familia y Ana María de Gnadewitz, ahora señora Ferber, le dejo el antiguo castillo de Gnadewitz, situado en Turingia; por este legado, Ana María Ferber será propietaria del edificio donde tomó nacimiento la familia de que tiene el honor de formar parte, y que contiene innumerables recuerdos de nuestra grandeza y poderío. Sabiendo que durante muchos siglos la prosperidad favoreció siempre esa antigua mansión, considero inútil agregar nada á tan preciosa herencia; pero si Ana María Ferber no la apreciase en su justo valor; si, desdeñando la significación del donativo, tratase de enajenarlo, y si, en una palabra, quisiera vender ó alquilar el antiguo castillo de Gnadewitz, téngase por nulo este legado. Ana María Ferber perderá todo derecho, y en tal caso dejo el citado castillo para el hospicio de huérfanos de la ciudad de L...»

Ferber y su esposa no habían visto nunca el antiguo castillo de Gnadewitz; mas era un hecho de notoriedad pública que ya estaba reducido á una ruina. Había pasado medio siglo sin que se hiciera en él ninguna reparación, y cuando se construyó, amuebló ó embelleció el nuevo, se habían tomado sin cesar en el antiguo edificio todas las colgaduras y todos los muebles, despojándole hasta de las planchas de cobre que cubrían los tejados. Hacía medio siglo que los cerrojos y las macizas cerraduras de las antiguas puertas no se habían tocado, y el orín y el polvo parecían haberlos sellado para siempre. Los inmensos bosques que rodeaban la vetusta mansión se habían ensanchado holgadamente, extendiendo sus raíces y sus ramas á través del castillo, y éste se hallaba cercado por los árboles como una momia circuida por sus ligaduras.

El feliz legatario universal de la fortuna del señor de Gnadewitz, muy contrariado al ver aquella ruina elevarse en el centro de su más hermoso bosque, hubiera comprado de muy buena gana la posesión á costa de un sacrificio de dinero; pero la breve cláusula contenida en el párrafo referente al castillo hacía absolutamente imposible toda proposición de este género.

La señora Ferber puso silenciosamente sobre el bufete de su esposo la copia de aquel testamento, que le había sido enviada, y sobre la cual sus ojos derramaron algunas lágrimas, después de lo cual continuó con redoblada actividad, casi febril, su labor de bordado, abandonada algunos instantes para enterarse del legado que se le había hecho. A pesar de sus múltiples diligencias, Ferber, no pudiendo encontrar otra colocación, habíase visto obligado á buscar la subsistencia de su familia en algunas traducciones miseramente pagadas, y á falta de este trabajo, en la copia de actas, ó en llevar la contabilidad de algunos contratistas de obras. Su mujer procuraba aligerarle la carga, trabajando, por su parte, en algunos bordados bien poco retribuidos.

Por sombrío que fuese el cielo que se extendía sobre aquella familia, una estrella brillaba, no obstante, y parecía prenda y promesa de bendiciones que suplían todas las prosperidades terrestres. Ferber tuvo el presentimiento de esta influencia bienhechora cuando se acercó por primera vez á la cuna en que se acababa de colocar á su niña, la primera que había nacido, y cuando fijó una mirada de ternura en su fino rostro, iluminado por ojos magníficos que ya parecían sonreírle. Todas las amigas de la señora Ferber, presentes en aquel gran acontecimiento, convenían en declarar que la niña recién nacida era una

criatura admirable, cuyas facciones anunciaban una inteligencia sorprendente, y que tenía, en una palabra, algo de particular jamás observado en los demás niños, toda vez que éstos suelen venir al mundo con un color rojo vivo, que se convierte en violáceo cuando los gritos contraen sus facciones... Aquella niña tenía, por decirlo así, un aspecto casi sobrenatural, que hacía pensar involuntariamente en los seres elegidos y dotados por las buenas hadas para esparcir á su alrededor el consuelo y la felicidad.

Sostuvieron á la niña *en cuerpo* sobre la fuente bautismal, disputándose sobre cuál de ellas demostraría más ternura á la que era ahijada de todas, y juraron no olvidar jamás aquel día memorable... Sin duda hacían alusión á un proyecto de testamento ó de herencia muy lejana... El hecho es que cuando la desgracia comenzó á perseguir á Ferber, el egoísmo vino á borrar con su dedo inexorable aquel recuerdo conmovedor, y tan bien lo hizo que no dejó de él la menor señal.



Todas las amigas de la señora Ferber...

Este triste descubrimiento, con el cual se halló asociada Isabel, que entonces contaba nueve años, turbó muy poco su tranquilidad. Las hadas que habían tenido á bien ocuparse de ella en su nacimiento, según la suposición de sus entusiastas, pero olvidadizas madrinas, habían depositado en su cuna, entre otros dones, el muy inapreciable de una constante serenidad, unida con la voluntad más enérgica; de modo que recibió los pedazos de pan negro y duro de las manos maternas con el mismo agradecimiento y satisfacción que expresara en otro tiempo á sus madrinas cuando la llevaban á porfía succulentos pasteles. Y en la fiesta de Navidad, al ver ante sí un mísero arbolillo sin bujías y adornado tan sólo con escaso número de manzanas rojas casi secas, ni siquiera se acordó al parecer de otros árboles de la misma fiesta profusamente iluminados y llenos de regalos y golosinas de toda especie.

Ferber educó é instruyó por sí mismo á su hija, la cual no salió nunca del hogar paterno para ir á una escuela ó á un colegio cualquiera, ni se alejó un momento de los padres que velaban sin cesar sobre aquella joven alma á fin de modelarla para el bien. Su inteligencia, tan viva, tan pronta, tan naturalmente ávida de conocer todo cuanto es bueno, se desarrolló de una manera prodigiosa en aquella atmósfera de instrucción formal. Se entregó con ardimiento al estudio, porque el deber se había revelado á ella en su majestuoso esplendor, y quería ante todo contentar á sus padres y estar en paz con su conciencia. En cuanto á la música, consagróse á ella con el afán que se pone al servicio de lo que representa una vocación que el mismo dedo de Dios nos ha señalado aquí bajo. Su madre fué la iniciadora; pero muy pronto aventajó á su maestra; y así como, siendo niña aún, abandonaba el pequeño rincón destinado á sus muñecas apenas observaba nubes más sombrías que de costumbre en las frentes de sus padres, para deslizarse sobre sus rodillas y distraerles pidiéndoles que le contaran un cuento, ahora que era casi una joven, abría sin ruido el piano, y sus dedos, recorriendo el teclado, hacían surgir melodías maravillosas en medio de su sencillez. Entonces el mal espíritu quedaba conjurado..., la música desvanecía los cuidados que atribulaban el alma de sus padres; la niña prestaba consuelo y reanimaba los corazones abatidos, para los

cuales únicamente vivía. Su talento maravilloso fué conocido muy pronto de los demás habitantes de la casa, que se callaban todos apenas oían su piano, á fin de no perder nada de la música. Muy pronto le propusieron algunas discípulas, y al fin fué admitida para dar lecciones en un colegio, lo cual le permitió atenuar los más apremiantes apuros de su familia.

Hecha esta digresión, reanudemos el curso de la narración empezada, y sigamos á la joven, que volvía apresuradamente á la casa paterna, sin cuidarse de las ráfagas de viento ni de la nieve.



II

Mientras avanzaba á través de las calles brillantemente iluminadas y de las oscuras callejuelas tortuosas, Isabel se representaba el cuadro que se ofrecía siempre á sus ojos cuando traspasaba el umbral de la puerta de su casa. En primer lugar veía á su padre, siempre sentado delante de su bufete, lleno de papelotes, iluminado por la luz de una pequeña lámpara provista de pantalla verde; Ferber levantaba vivamente la cabeza, mostrando su rostro pálido, que revelaba el cansancio, y sonreía al reconocer el paso de su hija; después tomaba con la mano izquierda la pluma que había corrido infatigable sobre los pliegos de papel durante todo el día, y con la otra, aunque cansada, hallaba bastante vigor para atraer hacia sí á su hija querida para besar su frente. Su madre, con la canastilla de labor á sus pies, y siempre sentada junto á su esposo, á fin de estar lo más cerca posible de la débil luz proyectada por la lámpara, recibía á Isabel con una sonrisa de ternura, señalándole con la mano sus zapatos, que había puesto á calentar para que la *niña* no estuviera con el calzado húmedo. Sobre la plancha abrasadora de la estufa se asaban algunas patatas, y en el rincón más oscuro veíase una tetera llena de agua caliente, junto á la cual se extendía un regimiento de soldaditos de plomo que acababa de alinear el pequeño Ernesto, niño de seis años, hermano único de Isabel.

Isabel debía subir cuatro pisos para llegar al estrecho y oscuro corredor que conducía á la habitación ocupada por su familia. Llegada á este pasadizo, se quitó el sombrero, tomó de un paquetito una gorrita de piel de color pardo y cubrió con ella su rubio cabello. De este modo hizo su entrada, siendo acogida por Ernesto con un grito de alegría.

Pero aquel día el cuadro no era del todo idéntico al que Isabel se había representado: su padre no estaba en el bufete; la mesa en que se ostentaba la tetera, en medio del ejército formado por la solicitud de Ernesto, hallábase bien iluminada, y en el canapé, de ordinario desocupado, veíase á los esposos Ferber uno junto á otro. Su fisonomía revelaba una animación particular, y aunque los vestigios de lágrimas fuesen visibles en el rostro de la señora Ferber, su hija comprendió muy pronto que habían corrido por efecto de la alegría. Isabel se detuvo en el umbral, muda de sorpresa, y su expresión seria contrastaba sin duda tan cómicamente con la toca que llevaba en la cabeza, que sus padres no pudieron reprimir una carcajada. Isabel se rió también, y puso la gorra de piel sobre el cabello negro y rizado de su hermanito.

«Esto es para ti, pequeñuelo, le dijo, cogiendo entre ambas manos la cara del niño y besándole con ternura... Y también traigo algo para mamá, continuó, con el rostro rebosando satisfacción y poniendo cuatro escudos de oro nuevecitos en la mano de su madre...»

«¡Hoy he cobrado mi primera paga en el colegio!», dijo. «¡Cinco escudos!... ¡Es muy hermoso! ¡Oh, qué contenta estoy!»

«Pero Isabel, repuso la señora Ferber, atrayendo á su hija hacia sí y mirándola con sus hermosos ojos húmedos, la gorra del año pasado bastaba para Ernesto, y ciertamente necesitabas tú mucho más un par de guantes de abrigo que tu hermano una toca de piel.»

«¡Yo, mamá!... ¡Toca mis manos y verás si están faltas de calor, aunque vengo de fuera!... No, no, comprar guantes de abrigo para mí hubiera sido puro lujo. En cuanto á nuestro niño, ha crecido y ha engordado; su gorra no ha seguido este ejemplo, y en rigor ya no le entra. Bien ves que esta compra era, no solamente necesaria sino indispensable.»

«¡Querida y buena Isabel, exclamó el niño trans-

portado de alegría, qué hermosa es mi nueva gorra! ¡Apenas tendrá el hijo del barón, aquel que vive en el piso principal, una tan magnífica! Me la pondré para ir de caza... ¿No es así, papá?»

«¿De caza?... repitió Isabel riéndose. ¿Te propones, pues, tirar sobre los gorriones del jardín público?»

«¿En el jardín público?... ¡Oh! No, no me lo permitirían... No es eso; iré á cazar en un bosque, un verdadero bosque, tan lleno de ciervos y liebres, que ni siquiera es necesario saber apuntar para que los animales caigan.»

«¡Oh, oh!, exclamó el Sr. Ferber sonriendo; quisiera saber qué pensaría tu tío de esas buenas disposiciones.»

Después cogió una carta que estaba sobre la mesa y presentóla á su hija.

«Lee eso, hija mía, dijo; el tío guardabosque de Turingia, como tú le llamas, nos ha escrito.»

Isabel recorrió rápidamente con la mirada las primeras líneas, y después leyó en alta voz:

«...El príncipe, que prefiere la modesta cocina de mi ama de gobierno á las refinadas comidas que su cocinero francés le sirve en su palacio, ha pasado anteayer algunas horas en la casa forestal. Se mostró más afable que nunca, y me dijo que deseaba agregarme una especie de contador, de escribiente ó qué sé yo, para aligerar un poco la carga que pesa sobre mí. Al punto aproveché la ocasión...; tenía la caza á mi alcance, y en caso de que no acertarla, todo se reducía á perder un poco de pólvora y algunas balas.»

«Le referí, pues, que una suerte maligna parecía perseguirte hacía algunos años, y que á pesar de tu talento y de tu buena educación, te veías reducido á trabajar día y noche para no morirte de hambre. El anciano señor comprendió al punto adónde iba yo á parar, porque me expresaba con toda claridad, como siempre, y en buen lenguaje, bien inteligible... Tanto peor para los que no comprenden; esto prueba que tienen la cabeza muy dura... El viejo príncipe, pues, contestó que estaba dispuesto y hasta decidido á concederte esta plaza, añadiendo ciertas cosas que no necesitas saber, pero que á mí me dejaron muy satisfecho.»

«En una palabra, el príncipe me ha encargado terminantemente que te escriba para proponerte la plaza en cuestión; tendrás trescientos cincuenta escudos de sueldo...; ¿me entiendes?... y leña á discreción... ¡Hum!.. Bien vale la pena de pensarlo, pues la cosa no es despreciable. ¿No es más hermoso habitar nuestro bosque que vuestras condenadas buhardillas, alrededor de las cuales se pasean toda la noche los gatos de la vecindad, mayando como demonios, y desde las que no se ven más que miles de chimeneas, que os envían descaradamente á los ojos un humo acre y negro?»

«No debes tomarme, sin embargo, por uno de esos perros que se echan delante del amo, á fin de atrapar alguna cosa para sí ó para los suyos. Si tú no hubieses sido lo que eres, es decir, si tú no hubieras hecho magníficos estudios, si tú no hubieses sido más capaz que ningún otro para ocupar esta plaza, me habría cortado la lengua antes que engañar á mi amo en tu favor y provecho. Con el mismo calor hubiera recomendado á otro extraño tan capaz como tú... No has de tomar esto en mal sentido, pues ya sabes que la franqueza es mi norma.»

«Hay además una circunstancia de la cual debemos ocuparnos á fondo. Lo más conveniente habría sido que vivieras en mi casa, puesto que diariamente habremos de tratar de los asuntos concernientes á la administración de los bosques; esto hubiera sido muy fácil, á ser tú, como yo, un joven célibe, á quien bastan cuatro paredes desnudas para su persona, y que acomoda todos sus efectos en los tres cajones de una cómoda vieja; pero yo tengo bastante sitio para alojar una familia en mi vieja casucha, que bien necesita algunas reparaciones; mas no hay que pensar en ello, y como, después de todo, no se trata sino de mis comodidades, ya comprenderás que no puedo pedir nada, ni aun hablar del asunto. El pueblo más próximo se halla á media hora de distancia, y la ciudad más cercana á una legua por lo menos; de modo que la idea de vivir en ella debe también ser desechada, pues las comunicaciones no serían cómodas, dados los temporales que la montaña nos prodiga á menudo.»

«La vieja Sabina — mi ama de gobierno, — nacida en el pueblo inmediato, ha tenido una singular idea respecto á todo esto cuando yo la consulté, como es natural, tratándose de asuntos caseros. El antiguo

castillo de Gnadewitz — brillante legado del difunto señor de ese nombre — se halla situado como á un tiro de fusil de la casa forestal, y la vieja Sabina dice que cuando ella era aún joven — fecha que, dicho sea de paso, se remonta á mucho más de un cuarto de siglo, — había servido como camarera en casa de los señores de aquella finca. En aquella época no se habían ensanchado aún las construcciones del castillo, y éste no bastaba siempre para contener los numerosos huéspedes que allí acudían invitados para realizar grandes cacerías. En tales circunstancias, el cuerpo de edificio del antiguo castillo, que servía de punto de enlace á las dos alas principales, se ventilaba un poco y habilitábase para el caso; y Sabina se acuerda de haber puesto allí algunas camas. Y por cierto que lo hacía con mucho miedo, lo cual creo muy bien, pues bajo su vieja cofia guarda, cuidadosamente coleccionadas, numerosas historias de brujas y demonios, y nadie podría hacerla observaciones sobre este asunto ni aventajarla en credulidad. Fuera de este defecto, Sabina es una persona respetable que gobierna mi casa á las mil maravillas.»

«Asegura resueltamente que el antiguo edificio no es tan mísero como parece; cuando lo conoció era muy sólido aún, y según ella, tú y tu familia encontrarías todavía allí un buen abrigo. Esto no es imposible; pero ¿no tendrían tus hijos algunos reparos que oponer al ver allí, en vez de los inquilinos que encuentran en la casa donde vivís ahora, otros habitantes rústicos bajo la forma de mochuelos, lechuzas, etcétera? ¿No les infundiría temor la antigua mansión, visitada por duendes, según los cuentos populares, como todas las casas viejas deshabitadas?»

«Ya sabes cuánta fué mi cólera cuando tuve conocimiento de la naturaleza del legado que el Sr. de Gnadewitz había hecho á tu esposa; no pude reprimir este sentimiento, y desde que estoy instalado aquí no he tenido valor para ir á visitar ese viejo nido que se derrumba ruinoso. No obstante, después de escu-



Isabel recorrió rápidamente con la mirada las primeras líneas

char la proposición de Sabina, he enviado á uno de mis guardias hacia allí, y el hombre ha trepado á un árbol para dirigir una mirada al interior del edificio. Parece que las malas hierbas han crecido á su antojo y que aquello tiene pésimo aspecto; mas queriendo asegurarme, he ido hoy á la pequeña ciudad vecina para ver al notario que tiene en su poder las llaves del castillo. Me las ha rehusado terminantemente, alegando que no podía entregármelas sin una autorización de tu esposa, y parecióme que experimentaba una ansiedad que apenas comprendería si los tesoros de Golconda se hallaran encerrados en aquella ruina. Ninguno de los que pusieron los sellos en aquel tiempo, después de la muerte del Sr. Gnadewitz, ha podido decirme qué aspecto tenía el interior del edificio... Permanecieron fuera, prudentemente, temerosos sin duda de que algunos fragmentos del tejado se precipitaran contra sus sabias cabezas con una familiaridad que se hubiera podido considerar extraña. Para evitar este ligero percance, se contentaron con aplicar una ó dos docenas de sellos, como la mano de grandes, en la puerta cochera. Sería para mí sumamente agradable visitar todo eso contigo, y discutir en familia qué partido se podría sacar de ello. Arregla, pues, tus asuntos ahí cuanto antes y ponte en camino con tu familia.»

Isabel dejó caer la gran hoja de papel que tenía en la mano y dirigió á su padre una mirada ansiosa.

«¿Y qué decisión has tomado, querido padre?, preguntó.»

(Continuará)

EL FERROCARRIL TRANSIBERIANO

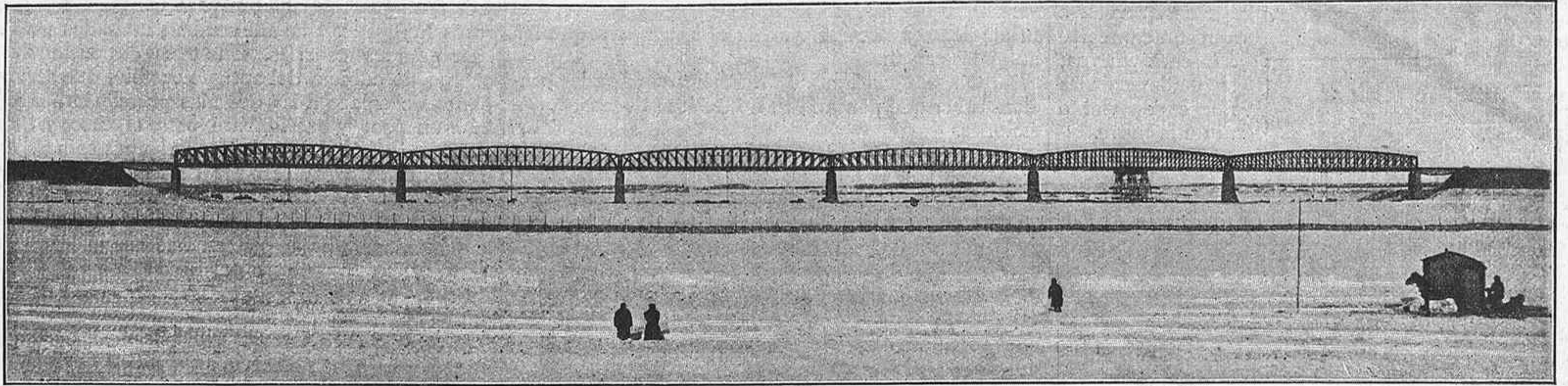
MERCED AL CUAL SE PODRÁ DAR LA VUELTA AL MUNDO EN UN MES

Entre las grandes obras llevadas á cabo á fines de este siglo, figurará el camino de hierro que los rusos están construyendo á través de la Siberia.

recurrido á un procedimiento tan cuerdo como ingenioso, que consiste en tener un tren, verdadero pueblo ambulante y rotatorio, que avanza á medida que adelantan las obras, transportando todos los recursos necesarios al cuerpo y también al alma, pues contiene una capilla, y mantiene así constantemente reunidos los trabajadores con la cabeza de línea.

tenimiento y cinco pilas. Los grandes tramos tienen 106^m 68 de largo; los pequeños 23^m 47, y el tablero 4^m 87 de ancho.

Mientras se efectuaban las obras de construcción del puente y para acelerar el establecimiento de la línea, se instaló una vía férrea provisional, tal como se ve en nuestro grabado, directamente sobre el río



FERROCARRIL TRANSIBERIANO. - PUENTE SOBRE EL RÍO IRTICH

Este camino de hierro pone directamente en comunicación por tierra á la Europa occidental con el extremo Oriente. En doce ó catorce días se podrá ir desde Barcelona ó Madrid hasta Vladivostok, importante puerto ruso situado en el mar del Japón, mientras que ahora, pasando por el canal de Suez, se invierte triple tiempo.

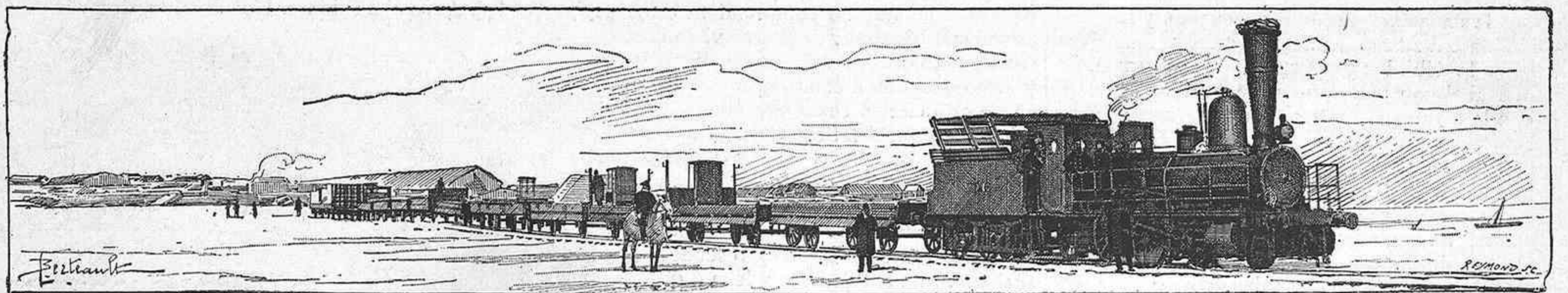
El ferrocarril transiberiano será, pues, la vía más corta y por consiguiente la más frecuentada; y la Siberia, que tan mala fama tenía hasta aquí, va á verse

En las inmensas llanuras siberianas los trabajos son muy sencillos y no necesitan más herramientas que el pico y la pala. En seguida se ponen las traviesas y los rieles, llevados conforme se van necesitando por los trenes que circulan por la vía terminada, y en muchos puntos se ha podido construir de tres á seis kilómetros diarios. Claro está que no sucede así en todas partes: de vez en cuando han impedido la presteza en las obras varios ríos sobre los que ha habido que construir puentes, y en aquel país de in-

Irtich, á la sazón helado y cuyo espesor variaba de 75 centímetros á un metro.

Además del mencionado puente, ha habido que construir otros sobre el Tobol, el Obi y el Kolima.

Más allá de Irkutsk es donde se encuentra el obstáculo principal, el lago Baikal, verdadero mar de agua dulce que tiene 700 kilómetros de largo por 80 de ancho. La vía le contorneará, pero mientras tanto una compañía americana se ha encargado de cruzarlo, poniendo sencillamente un tren sobre un bar-



FERROCARRIL TRANSIBERIANO. - VÍA FÉRREA PROVISIONAL CONSTRUÍDA SOBRE EL HIELO DEL IRTICH

transformada. Allí donde en la actualidad no se encuentran más que llanos áridos é incultos, habrá cultivos y la industria se desarrollará poco á poco á lo largo de esa inmensa vía férrea que, andando el tiempo, engendrará importantes ramales.

Desde San Petersburgo á Vladivostok hay 10.500 kilómetros, es decir, la cuarta parte del meridiano terrestre. El Transpacífico, que enlaza á Nueva York con San Francisco y al que se consideraba hasta el presente como el ferrocarril más largo del mundo, no llega á la mitad de esta longitud.

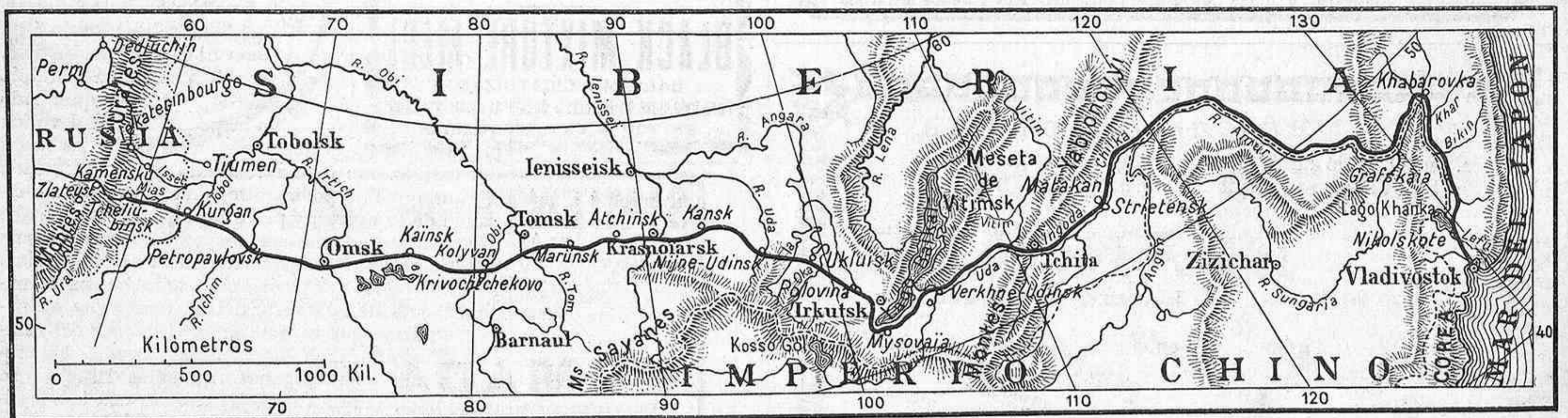
viernos largos y rigurosos en donde el deshielo imposibilita toda instalación del material ordinario, la construcción de los puentes adelanta poco.

Uno de los más interesantes ha sido el fabricado sobre el Irtich cerca de Omsk: es el segundo de los dos grandes puentes metálicos que se han establecido en la primera sección de la Siberia occidental. El trabajo no ha sido fácil, pues además de los inconvenientes opuestos por los grandes deshielos, no había piedras ni rocas en los grandes llanos donde ha habido que construirlo. Los ingenieros rusos han alla-

co, y se propone durante el invierno, en lugar de poner rieles sobre el hielo, mantener un canal constantemente abierto por medio de barcos provistos de útiles especiales.

Las obras de esta gran vía férrea comenzaron á fines de 1891. Los gastos se calculan en 350.210.500 rublos ó sean 825.526.250 francos. El Estado, y no una compañía particular, es el que corre con ellos.

Cuando todas las secciones actualmente en construcción queden terminadas, se podrá dar la vuelta al mundo en un mes. Saliendo de San Petersburgo,



FERROCARRIL TRANSIBERIANO. - MAPA Y TRAZADO DEL FERROCARRIL CUYA CONSTRUCCIÓN ABREVEA LA VUELTA AL MUNDO HASTA REDUCIRLA Á UN MES

En realidad, las obras no están aún terminadas y no lo estarán probablemente hasta 1900; pero tales como se encuentran ahora, permiten ya recorrer rápidamente el trayecto aprovechando en las partes no concluidas los ríos y los lagos navegables.

La verdadera cabeza de línea es Tscheliabinsk (véase el mapa), situado á 2.000 kilómetros de Moscou, trayecto que se cruza en dos días y medio. La construcción de la vía en un país desprovisto de todo recurso hubiera sido sumamente difícil á no haberse

nado tales inconvenientes, haciendo transportar 8.770 metros cúbicos de granito desde el Ural, ya labrado, para el revestimiento y el coronamiento de las pilas; al mismo tiempo se recibían con regularidad por vía fluvial los fragmentos de roca, calizas y granitos, destinados á la mampostería interior de las pilas. Para la armazón del puente se han empleado 4.127 toneladas de metal procedente de la fábrica rusa de Wotkine junto al Kama. Terminado el puente, como se ve en nuestro grabado, presenta dos muros de sos-

por ejemplo, el 1.º del mes, se regresará el 31, con algún cansancio sin duda, pero con satisfacción completa. El trayecto por el Transiberiano durará ocho días.

De Vladivostok á San Francisco de California por mar se necesitan diez días, y cinco para ir desde este último puerto á Nueva York por el Transpacífico. Embarcándose inmediatamente para Brema, se puede llegar á este puerto alemán en seis días y desde él á San Petersburgo en dos días y medio. - X.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 168, Barcelona.

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL CIGARROS
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 LOS SUFRIMIENTOS Y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANCK
 Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curados ó prevenidos.
 (Rótulo adjunto en 4 colores)
 PARIS: Farmacia LEROY y en todas las Farmacias.

VINO AROUD
 MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso **REGENERADOR** prescrito por los MEDICOS.
 DOS FÓRMULAS:
 I - **CARNE - QUINA**
 En los casos de Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos Febriles é Influenza.
 II - **CARNE-QUINA-HIERRO**
 En los casos de Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Fiebres de las colonias y Malaria.
 Estas dos fórmulas existen tambien bajo forma de **Jarabes** de un gusto exquisito é igualmente muy recomendadas por el mundo medical.
CH. FAVROT y C^{ia}, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS, y en todas Farmacias.

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
 Depósito en todas las Farmacias
 PARIS, 31, Rue de Seine.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D^o CORVISART. EN 1856
 Medallas en las Exposiciones Internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS 1867 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO. de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

EL APIOL de los Dres **JORET y HOMOLLE** regulariza los **MENSTRUOS**

ROB BOYVEAU LAFFECTEUR
 Depurativo SIMPLE. Exclusivamente vegetal
 Prescrito por los Médicos en los casos de **ENFERMEDADES CONSTITUCIONALES**
 Acritud de la Sangre, Herpetismo, Aone y Dermatitis.
CH. FAVROT y C^{ia}, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS. Todas Farmacias de Francia y del Extranjero.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEHAUT DE PARIS**
 no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causan que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Toses nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor exito
 El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
Grazeas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.
Ergotina y Grazeas de BERGOTINA BONJEAN
 HEMOSTATICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grazeas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.
 Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150. PARIS, y en todas las Farmacias
 El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de ababoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

MEDICACION TÓNICA
PILDORAS y JARABE DE BLANCARD
 Con ioduro de Hierro inalterable
ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
RAQUITISMO
ESCRÓFULOS
TUMORES BLANCOS
 etc., etc.
 Exijase la firma y el sello de garantia.
PARIS
 40, rue Bonaparte, 40

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de éxito.

PIERRE DE CHANTILLY
 ORLÉANS - FRANCE
UNGUENTO ROJO MÉRÉ
 CURACION RÁPIDA Y SEGURA DE LAS
 Cojeras - Alcance - Esguinces - Agriones
 Infiltraciones y Derrames articulares
 Corvazas - Sobrehuesos y Esparavanes
 Los efectos de este medicamento pueden graduarse á voluntad, sin que ocasione la caída del pelo ni deje cicatrices indelebiles; sus resultados beneficiosos se estendien á todos los animales.
BLACK MIXTURE MÉRÉ
 BALSAMO CICATRIZANTE
 Para toda clase de Heridas y Mataduras de los Animales.
 EN TODAS LAS DROGUERIAS

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos
 Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION
ASMA
 y toda afección Espasmódica de las vias respiratorias.
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata
J. FERRÉ y C^{ia}, 102, R. Richelieu, Paris.

PUREZA DEL CUTIS
 en Paris
 - LAIT ANTÉPHÉLIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso
CANDES et C^{ie}
 81 St-Denis, 18

SIMIENTE DE LINO TARIN
 Preparado especial para combatir con suceso
 Los Estreñimientos, Colicos, Bochornos y las Enfermedades del Hígado y de la Vejica (Exigir la marca de « la Mujer de 3 piernas »).
 Una cucharada por la mañana y otra por la noche en la cuarta parte de un vaso de agua ó de leche
 La Cajita : 1 fr. 30
POMADA FONTAINE
 Son sus efectos admirables contra el Sarpullido, Eozema, los Sabañones, las Almorranas, los Barros de la cara, la Inflamación de los parpados, Caspa y Caída del pelo. - Fricciones ligeras por la noche.
 El Boto : 2 fr.; franco, 2 fr. 15 en sellos de correo.
JABON FONTAINE Excelente auxiliar de la **POMADA FONTAINE**
 La Bola : 2 fr.; franco, 2 fr. 15 en sellos de correo.
TARIN, Farmacéutico de 1^{ra} Clase, ex-interno de los Hospitales
 PARIS. - 9, place de Petits-Pères, 9, y todas las farmacias

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE LAS CAPSULAS DE APIOL DE LOS D^{os} JORET y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 EVITAN DOLORES, RETARDOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

LA NEBLINA. — Los últimos números de esta revista mensual que se publica en Lima bajo la inteligente dirección del reputado poeta D. José S. Chocano, contiene multitud de notables composiciones en prosa y verso que firman los más conocidos escritores americanos y no pocos europeos.

REVISTA DE CATALUNYA. — El cuaderno VI de esta notable revista, que se publica en Barcelona, contiene interesantes trabajos de L. d'Ontalvilla, José Brunet y Bellet, Salvador Bové, Fr. Francisco Eximenis, una sección de noticias y un boletín bibliográfico.

POR TELÉFONO, monólogo por Luis Matas y Carré. — Monólogo escrito en prosa y verso y estrenado con aplauso en el teatro del Círculo Obrero de Palma de Mallorca en la noche del 22 de noviembre de 1896.

FABIANELO, poema social por J. Díaz Macías. — Este bien escrito poema del conocido poeta extremeño Sr. Díaz Macías está consagrado á corregir una tendencia malsana y perturbadora, señalando los principios religiosos y morales como fuente de salvación para los desheredados: es, por consiguiente, digno de encomio, no sólo por las bellezas de forma, sino que también por la bondad del fondo. *Fabianelo*, precedido de un notable prólogo del ex consejero y ex director general de Instrucción Pública D. Juan Uña, ha sido impreso en Badajoz en la tipografía de Antonio Arqueros.

INDICADOR GENERAL DE VIAJES CIRCULARES Y SEMICIRCULARES POR ESPAÑA. — Se ha publicado este indicador que comprende doce itinerarios de viajes circulares y cinco de viajes semicirculares; además de los datos referentes á distancias, precios, condiciones, etc., contiene varias noticias y grabados interesantes relativos á los puntos situados en los itinerarios y en sus inmediaciones. Impreso en Barcelona, véndese en las librerías, kioscos y estaciones al precio de 35 céntimos en España, 50 en Francia y 100 reis en Portugal.



EN EL ESTANQUE DEL RETIRO, dibujo de A. Laverna

LA AVICULTURA PRÁCTICA. — El último número de este periódico mensual, órgano oficial de la Real Escuela de Avicultura de Arenys de Mar que dirige D. Salvador Castelló, contiene interesantes trabajos relacionados con la gallinicultura é industrias auxiliares y curiosas noticias que leerán con gusto los avicultores, agricultores y aficionados.

LAS CORPORACIONES EXTRANJERAS DEDICADAS Á LA ENSEÑANZA, por D. Pedro Garriga y Puig. — Memoria premiada con medalla de plata y diploma honorífico por la Sociedad Barcelonesa de Amigos de la Instrucción en el concurso de 1896, en la que su autor, el licenciado en Filosofía y Letras Sr. Garriga y Puig, combate, haciendo gala de vastos conocimientos, el funcionamiento en España de corporaciones extranjeras dedicadas á la enseñanza. Los términos del fallo del jurado son el mejor elogio de este trabajo, que ha sido impreso en Barcelona en la imprenta de los Sucesores de Blas Camí.

LA UNIÓN DEL MAGISTERIO. — Hemos recibido el último número de este periódico quincenal, órgano de la Sociedad Pedagógico-Mutualista que se publica en Monterrey (México), y que está dedicado al fomento de la enseñanza en aquella república.

VELETA, monólogo en verso por José Santaló. — Monólogo escrito expresamente para el actor D. José González, y estrenado con extraordinario éxito en el teatro de Santiago el 30 de enero de 1897. Ha sido editado por la Administración Lírico-dramática de Hijos de Eduardo Hidalgo.

PANORAMA NACIONAL. — El cuaderno 21 de esta notable publicación que con tanto éxito edita en esta ciudad D. Hermenegildo Miralles contiene 14 fotografías que reproducen interesantes monumentos de Madrid, Deusto, Málaga, Burgos, Gerona y Valladolid, vistas de la plaza de Santo Domingo en Murcia, del dique flotante de Cartagena, del barranco del Santo (Tenerife), de un batey de un ingenio cubano, del río Pasig (Manila), de una sección de artillería apuntando un obús y una gran vista panorámica de Ilo-Ilo. Véndese al precio de 70 céntimos.

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE

al Bromuro de Potasio

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL APIOL DE LOS JORET-HONOLLE

CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

FA^{ie} BRIANT 150 R. RIVOLI PARIS

TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

CARRERAS-CAZA

EMBROCCACION MÉRÉ de Chantilly

INDISPENSABLE PARA FORTIFICAR LAS PIERNAS DE LOS CABALLOS

FOLLETO FRANCO MÉRÉ FARM. ORLÉANS

CEREBRINA

REMEDIO SEGURO CONTRA LAS JAQUECAS, NEURALGIAS

Suprime los Cólicos periódicos

E. FOURNIER Farm^{ie} 114, Rue de Provence, à PARIS

à MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias

Desconfiar de las Imitaciones.

SALUD DE LAS SEÑORAS

APIOLINA CHAPOTEAUT

La Apiolina Chapoteaut que no debe confundirse con el apiol, es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y comprometen á menudo la salud de las señoras.

Depósito en Paris, 8, Rue Vivienne

GARGANTA

VOZ y BOCA

PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los S^{rs} PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. — Precio: 12 REALES.

Exigir en el rotulo a firma

Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO

PASTILLAS y POLVOS

PATERSON

con BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD, Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

UNGUENTO ROJO MÉRÉ DE CHANTILLY

CURACION SIN TRAZAS DE LAS ENFERMEDADES DE LAS PIERNAS DE LOS CABALLOS

FOLLETO FRANCO MÉRÉ FARM. ORLÉANS

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el *PILIVORE DUSSEY*, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN